

Humillados y ofendidos

Fiódor M. Dostoievski



HUMILLADOS Y OFENDIDOS

FEDOR DOSTOYEVSKI



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Título original: UNIZHENNYE I OSKORBLENNYE

© E. Corripio - 1968

Traducción

La presente edición es propiedad de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

PRIMERA PARTE

Edición especial: julio, 1972

Printed in Spain

Impreso en España

Depósito legal. BI. 1.660-1972

Impreso en
ARTES GRAFICAS GRIJELMO, S. A.
Uribitarte, 4 - Bilbao - 1 - España

CAPÍTULO PRIMERO

En la noche del 22 de marzo del año pasado me sucedió un hecho verdaderamente extraño. Estuve recorriendo la ciudad de un lado a otro todo el día, en busca de una habitación donde alojarme. La que tenía resultaba excesivamente húmeda, había cogido un fuerte catarro, y la tos no me dejaba en paz. Ya había pensado en mudarme durante el otoño, pero lo fui retrasando hasta que llegó la primavera. Por más que busqué durante toda la jornada, no encontré nada que se adaptara a mis necesidades. Precisaba, en primer lugar, un cuarto ventilado y de módico alquiler. También necesitaba que fuera independiente y amplio, pues he podido comprobar que en las habitaciones pequeñas los pensamientos padecen asimismo de estrechez. Por otra parte, siempre que pienso mis novelas me gusta pasear por el cuarto. En realidad, disfruto más cuando concibo mis obras, que al escribirlas. No creo que esto sea pereza; pero, ¿qué es, entonces?

No me sentía bien por la mañana, y al caer la tarde advertí que me encontraba realmente mal. Tenía algo de fiebre, y la caminata me dejó agotado. Poco antes del crepúsculo llegaba yo a la avenida de la Ascensión.

El sol de marzo es maravilloso en San Petersburgo, sobre todo los crepúsculos de los días fríos, de ciclo sereno. Entonces las calles se iluminan de pronto, inundándose de reflejos deslumbrantes. Al encenderse las luces, las casas parecen perder su aspecto siniestro, donde

imperan los tonos grises, amarillentos y verduscos. Parece entonces como si nuestra alma se iluminara, como si una mano invisible nos tocase, produciéndonos un escalofrío. ¡Asombroso poder el que tiene un destello de luz sobre el alma humana!

Ahora acababa de desaparecer el último rayo de sol, y el frío arreciaba hasta el punto que empecé a sentir helada la punta de la nariz; la oscuridad volvióse más densa, y de las tiendas y bazares surgían los brillantes haces de las lámparas de gas. Al llegar frente a la confitería Muller, algo hizo que me detuviera de pronto; volví el rostro y miré hacia el otro lado de la calle. Era como si presintiese que iba a acontecerme algo extraordinario. En ese momento, justamente, vi en la otra acera a un anciano acompañado de su perro. El corazón se me encogió por efectos de una sensación desagradable cuya naturaleza no podía definir.

No soy un místico, y no creo en coronadas ni presentimientos; pero en la vida, como a muchas otras personas, me han ocurrido a veces cosas inexplicables. Aquel viejo parecía confirmar cuanto digo. ¿Por qué, en cuanto le vi, tuve la impresión de que algo fuera de lo común iba a sucederme? Ciento es que me hallaba enfermo, y en tales momentos las sensaciones que se experimentan suelen ser engañosas.

El anciano se acercó a la confitería con paso lento y vacilante, arrastrando las piernas sin doblarlas, como si fueran de palo, encorvada la espalda, mientras golpeaba con su bastón sobre las losas de la acera. Nunca había visto una figura tan singular y grotesca. Ya en otras ocasiones, cuando le encontré anteriormente en la confitería Muller, me impresionó tristemente. De considerable estatura y espalda cargada, con rostro cadavérico de octogenario, usaba un viejo abrigo rajado de costuras descosidas, y se tocaba con un sombrero abollado, con veinte años de uso, por lo menos, el cual le cubría el cráneo desnudo dejando ver sobre la nuca un mechón

que no era canoso ni rubio, sino amarillento. Todo ello, junto con sus movimientos de autómata, que parecían desprovistos de vida, impresionaba poco gratamente al que le veía por vez primera.

En verdad que resultaba asombroso observar a aquel anciano, ya en el límite de la edad, ir completamente solo por la calle, sin compañía humana alguna, igual que un loco que hubiera burlado a sus guardianes. Tampoco dejó de impresionarme su delgadez extrema; daba la sensación de que carecía de músculos, de que su esqueleto sólo estaba recubierto de piel. Sus ojos, grandes, inexpresivos y rodeados por un cerco azulino, miraban siempre hacia adelante, jamás de lado; y estoy seguro de que poco o nada veían, pues aunque comprobé que nos miraba, avanzaba recto hacia la gente, como si no tuviera nadie delante.

Hacía poco tiempo que se le veía por la confitería Muller, y ninguno de los clientes del establecimiento se atrevía a dirigirle la palabra, mientras que el anciano, por su parte, correspondía de igual modo y no hablaba con nadie.

Plantado en la acera opuesta, permanecí ese día mirando al anciano, sin apartar la vista de él. Empezaba a apoderarse de mí una irritación sorda, consecuencia del malestar y la fatiga que sentía. «¿En qué pensará ese hombre? —me dije—. ¿Qué habrá en su cabeza? ¿Será capaz de pensar, todavía? ¿Y de dónde pudo sacar ese perro espantoso, tan inseparable de su dueño que parece formar parte de él y hasta da la sensación de que se le parece?»

El desdichado can, en efecto, parecía tener ochenta años, como su amo. Sí, tal vez los tuviera. Al menos, era más viejo que todos los perros que yo había visto.

Por otra parte, la primera vez que le vi, no sé por qué se me ocurrió pensar que era un animal sobrenatural, hechizado, algo así como un Mefistófeles encarnado en un perro y unido al anciano por algún misterioso pacto.

Estaba tan flaco como un esqueleto, o aún más, como su propio amo. Al verle se llegaba a la conclusión de que llevaba varios años sin comer. Se le había caído casi todo el pelo, hasta el de la cola, que llevaba rígida como un bastón, siempre entre las piernas. Las orejas le pendían lacias de la cabeza, también eternamente gacha. Nunca había visto yo un animal más repulsivo. Cuando avanzaban por la acera, delante el viejo y el can detrás, con el morro pegado a los faldones del gabán de su dueño, daban la sensación de querer decir: «¡Mirad qué pareja de ancianos! ¡Qué viejos somos, Señor, qué viejos!».

Ese día llegué a pensar que el anciano y su perro se habían escapado de una página de Hoffmann ilustrada por Gavarni, y que recorrían el mundo como un cartel ambulante, para hacer la propaganda del libro. Crucé entonces la calle, y entré en la confitería después que lo hubo hecho el anciano.

Este se comportaba en el establecimiento de un modo por demás extraño. En las últimas ocasiones, Muller, en pie tras el mostrador, hacía un gesto de descontento cuando veía aparecer al singular parroquiano. El viejo nunca pedía nada; se dirigía directamente al rincón de la estufa y se sentaba en una silla. Si «su» sitio estaba ocupado, después de permanecer vacilante un momento, se retiraba con evidente disgusto hacia el otro rincón, junto a la ventana. En ese lugar se acomodaba en una silla, colocaba el sombrero y el bastón a su lado, y recostándose con toda calma en el respaldo, allí permanecía inmóvil tres o cuatro horas. Jamás cogía un periódico, ni pronunciaba una palabra, ni emitía sonido alguno. Limitábase a permanecer sentado, mirando fijamente hacia adelante, con los ojos muy abiertos, pero tan inexpresivos que se hubiera dicho que no era capaz de ver ni oír lo que ocurría a su alrededor.

El perro, después de dar un par de vueltas sobre sí mismo, concluía por tumbarse a los pies del anciano,

apoyaba el hocico sobre sus botas, resollaba honda-mente, y estirándose en el suelo se quedaba inmóvil también, como si estuviera muerto, durante toda la velada.

Daba la sensación de que los dos seres estuvieran muertos desde hacía varios años y que pasaban el día en alguna parte, resucitando al ponerse el sol, todos los días, para dirigirse a la confitería de Muller, tan sólo a cumplir con algún misterioso voto, desconocido de todos. Cuando habían permanecido tres o cuatro horas, el viejo se ponía en pie, cogía su sombrero y se marchaba. El perro también se levantaba, y con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha, seguía insensible y maquinalmente a su dueño.

Ultimamente, los clientes de Muller evitaban al an-ciano, sentándose lo más lejos posible de él, con el deli-berado propósito de hacerle notar la aversión que les producía. Pero él no daba señales de advertir lo que pasaba.

Los asiduos concurrentes de la confitería eran en su mayor parte alemanes. Venían casi todos de la ave-nida de la Ascensión, y eran propietarios de diversos establecimientos. Había cerrajeros, panaderos, tintore-ros, sombrereros, guarnicioneros, todos gente patriar-cal, al estilo tudesco. También en la casa de Muller se observaban costumbres tradicionales. El mismo propietario se reunía con sus parroquianos y amigos, com-partiendo la misma mesa, al tiempo que consumían ge-nerosas cantidades de ponche. Acudían también los hi-jos pequeños y los perros de Muller, y los clientes los acariciaban afablemente.

Todos se conocían allí y se apreciaban mutuamente. Al tiempo que los concurrentes asiduos se enfascaban en la lectura de los periódicos alemanes, la hija mayor del dueño, una alemanita de dorados rizos, muy parecida a una ratita blanca, tocaba en una habitación contigua

los compases de *Mein lieber Augustin*, sentada ante un viejo piano. Los clientes escuchaban complacidos el vals.

Por mi parte, yo iba a la casa de Muller los primeros de mes a fin de leer las revistas rusas que recibían en esa fecha. Aquella tarde, al entrar en el establecimiento, vi que el viejo estaba ya sentado cerca de la ventana, con el perro tumbado a sus pies, como de costumbre. Me senté silenciosamente en un rincón y me pregunté: «¿Por qué he entrado en este sitio, sin objeto alguno, cuando, enfermo como estoy, me convenía más regresar rápidamente a casa para tomar una taza de té y acostarme? ¿Lo he hecho quizás para observar al extraño viejo? Pero, ¿qué puede interesarme de él? ¿A qué vienen estas fantasías e inquietudes por cosas ridículas y nimias que noto desde hace un tiempo y que me impiden vivir con sosiego y contemplar lúcidamente la existencia, como ha dicho con gran perspicacia un agudo crítico, después de leer mi última novela?»

Mientras me perdía en tales pensamientos, noté que mi estado empeoraba. Pero me pareció una imprudencia abandonar el ambiente agradablemente caldeado de la tienda de Muller. Tendí la mano hacia la «Gaceta de Francfort», y a las pocas líneas me quedé adormilado. En nada me molestaban los alemanes, que fumaban mientras leían, y, sólo de tarde en tarde, cada media hora más o menos, hacían algún comentario en voz baja, aludiendo a alguna noticia de Francfort, o repitiendo un chiste ingenioso del famoso humorista germano Satir, después de lo cual se sumían de nuevo en la lectura, satisfecho su orgullo patriótico.

Al cabo de media hora me despertó de mi modorra un violento escalofrío. Me dije que debía volver en seguida a casa. Pero una escena sin palabras que se desarrollaba en la confitería, me retuvo allí de nuevo. He explicado ya que el viejo, al tomar asiento, fijaba la vista en un punto determinado y ya no la apartaba de ese lugar en toda la noche, hasta que se iba. En más de una

ocasión fui blanco de aquella mirada obstinada, estúpida y sin sentido. La impresión que yo experimentaba entonces era sumamente molesta, insopportable, en realidad, y al fin tenía que levantarme y tomar asiento en otro sitio.

En la noche a que me refiero, la víctima de la implacable mirada del viejo era un joven alemán de baja estatura, grueso, muy pulcro y con un rostro de tez encarnada que destacaba sobre su almidonado cuello blanco. Se trataba de un cliente de paso, un comerciante de Riga que, según supe más tarde, se llamaba Adán Ivanitch Schultz.

Era íntimo amigo de Muller, pero no conocía aún al viejo ni a los demás clientes. Mientras tomaba su ponche, Adán Ivanitch leía el diario con visible satisfacción. De pronto levantó la cabeza y descubrió la mirada del anciano fija en él. Como la mayoría de los alemanes de cierta posición, el comerciante de Riga era susceptible y muy quisquilloso, y le disgustaba que le mirasen con tanta fijeza y descaro. Lleno de indignación, masculló unas palabras y se enfrascó de nuevo en la lectura, ocultando el rostro tras el periódico. Poco después, sin poder evitarlo, volvió a mirar al viejo a hurtadillas, y de nuevo halló clavada en él la insistente y terca mirada. Adán Ivanitch todavía se contuvo, pero al repetirse el hecho por tercera vez, estalló iracundo. Considerábase obligado a defender su dignidad, y tampoco podía consentir que ante gente tan distinguida se ofendiese a la bella ciudad de Riga, de la que se creía representante, al parecer. Lleno de impaciencia arrojó el periódico sobre la mesa, en cuya madera resonó la varilla metálica a la que iba sujeto el diario. Luego, inflamado por la arrogancia y el ponche consumido, clavó sus ojos inyectados en sangre en el irritante anciano. No parecía sino que ambos, el alemán y su oponente, hubieran apostado a ver cuál era el primero en darse por vencido y apartar la mirada.

El chasquido de la varilla y la actitud de Adán Ivanitch atrajeron la atención de los presentes, que abando-

naron lo que estaban haciendo y observaron con grave curiosidad, en medio de un gran silencio, la pugna de los dos adversarios. La escena llegó a adquirir un cariz extremadamente cómico. El forzado magnetismo que emitían los ojillos provocadores de Adán Ivanitch se gastaba inútilmente, ya que el viejo seguía mirando con fijeza al señor Schultz, sin percatarse de lo que ocurría. Rojo de ira, y llegado al límite de su paciencia, el comerciante alemán estalló al fin.

— ¿Por qué me mira de manera tan insistente? — exclamó Schultz, con tono airado y gesto amenazador.

Al ver que el anciano se quedaba callado, como si no hubiese entendido, Adán Ivanitch resolvió hablar en ruso.

— ¡Estoy preguntándole por qué me mira usted tan fijamente! — vociferó lleno de ira —. Quizá usted no lo sepa, pero tengo muchos conocidos en la Corte.

Al decir esto se puso en pie con violencia, pero el anciano ni siquiera pestañó. De entre los clientes alemanes se alzó un rumor de indignación. Atraído por el ruido, Muller entró en la tienda y al enterarse de lo sucedido se dijo que el anciano podía ser sordo. Inclinóse sobre un oído del viejo, y bramó a pleno pulmón:

— ¡El señor Schultz le ruega que no le mire tan fijamente!

El anciano volvió como un autómata su mirada hacia Muller, y de pronto su rostro, impasible hasta ese momento, tomó una expresión llena de angustia. Luego se inclinó hacia su sombrero, lo cogió lo mismo que su bastón, se puso en pie tan aprisa como pudo, y con la sonrisa humilde y lastimera del mendigo al que arrojan de un lugar en el que se había instalado sin permiso, se dispuso a marcharse de la confitería. La dócil premura del anciano harapiento resultaba tan conmovedora y deprimente que todos se enterñecieron, incluso Adán Ivanitch.

No había la menor duda de que el viejo no sólo no trató de ofender a nadie, sino que parecía admitir que

pudieran echarle de cualquier parte como se hace con un pordiosero.

Hombre bueno y compasivo, en el fondo, Muller se le acercó, le dio unos golpecitos amistosos en la espalda, como para darle ánimo, y le dijo:

— No, no se marche. Vuelva a sentarse. *Herr Schultz* sólo le ruega que no le mire usted así.

Pero el desdichado seguía sin comprender. Su angustia aumentaba por momentos. Lleno de confusión, se inclinó para recoger un pañuelo azul, lleno de agujeros, que se le acababa de caer. Después llamó a su perro, que, inmóvil en el suelo, parecía seguir sumido en el sueño, con el hocico entre las patas delanteras.

— ¡Azor, Azor! — exclamó el anciano, con voz cascada y temblorosa —. ¡Azor!

Pero Azor continuó inmóvil.

— ¡Azor, Azor! — repitió con ansiedad.

Le dio entonces un golpecito con el bastón, y el animal siguió quieto.

Se le escapó al anciano el bastón de las manos, agachóse, se puso de rodillas y alzó la cabeza de Azor. ¡Pobre Azor! Estaba muerto. Había muerto en silencio, a los pies de su amo, quizás de vejez, o incluso de hambre. El viejo observó lleno de asombro al animal, como si no comprendiera que hubiese dejado de existir. Después volvió a inclinarse trabajosamente sobre el perro que había sido su servidor y amigo, y apoyó el escuálido semblante contra el hocico sin vida. Se produjo un momento de silencio. Todos nos sentíamos conmovidos. Por fin, el desdichado anciano se levantó; se hallaba desfallecido y temblaba como si tuviera fiebre.

— Bueno, lo pueden disecar — declaró Muller, con tono bondadoso, queriendo consolar al pobre viejo —. Sí, se le puede disecar perfectamente. Fiodor Karlovitch Krieger es un experto en la materia; sabe embalsamar muy bien.

Al tiempo que decía estas palabras, el dueño de la tienda alzó el bastón del suelo y se lo entregó al viejo.

— Sí, claro, eso lo hago yo magníficamente — terció el propio *Herr Krieger*, aproximándose.

Este era un alemán delgado y larguirucho, bonachón, de pelo rojo y desordenado, en cuya curvada nariz cabalgaban unas antiparras.

— Fiodor Karlovitch Krieger es muy hábil para embalsamar toda clase de animales — agresó Muller, comenzando a sentirse entusiasmado por la idea que había tenido.

— Claro, soy capaz de disecar cualquier animal — aseguró Krieger, y agresó en un arranque de generosidad —: Y voy a disecarle gratis el perro.

— ¡No puedo consentirlo! ¡Seré yo quien pague los gastos de disecar al animal! — exclamó el señor Schultz, rebosante de magnanimitad, y considerándose el involuntario culpable del triste acontecimiento.

Ahora el anciano parecía oírlo todo, pero tampoco daba la sensación de comprender demasiado, y continuaba temblando de pies a cabeza.

— Aguarde. Va a tomarse una copa de excelente coñac — dijo Muller, al ver que el singular personaje trataba de marcharse a toda costa.

Le sirvieron la bebida y el viejo alzó la copa y se la llevó a los labios. Pero la mano le temblaba tanto que antes de que hubiese podido beber, había derramado ya la mitad del contenido de la copa. Volvió a dejar ésta sobre la bandeja sin haber probado una sola gota. Luego, con una sonrisa singular, que estaba en desacuerdo con las circunstancias, salió de la tienda con paso precipitado y vacilante, dejando abandonado a *Azor*. Los presentes quedaron asombrados, y lanzaron algunas exclamaciones.

— ¡Demonios! ¡Qué manera de actuar! — gritaron los alemanes, mirándose con los ojos muy abiertos.

Yo, a mi vez, salí rápidamente en busca del viejo. Pocos pasos más allá de la confitería, hacia la derecha, había una sombría calleja flanqueada por altos edificios. Tenía la convicción de que el anciano se había marchado

por allí. La segunda casa de la derecha se hallaba en construcción, y estaba cubierta por una maraña de andamajes. El vallado que rodeaba el solar llegaba casi hasta el centro de la calzada. Al final de la valla, en el oscuro rincón que ésta formaba con la casa vecina, encontré al viejo. Estaba sentado en el borde de la acera, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Me acerqué y tomé asiento a su lado.

— Oigame — comencé, sin saber muy bien lo que debía decir —, no se aflija así por la muerte del perro. Venga, le llevaré a su casa. Tranquilícese. Iré a buscar un coche ahora mismo. ¿Dónde vive?

El anciano no me contestó. Yo no sabía qué hacer, en aquella calleja desierta. De improviso me cogió una mano con fuerza y dijo con voz ronca, apenas audible:

— ¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

— Vamos, le acompañó a su casa — repuse, levantándole casi en vilo —. Se tomará una taza de té, y se echará a dormir. Verá como encuentro en seguida un coche. Además, llamaré a un médico que yo conozco.

Quizá dije algo más, pero no lo recuerdo. El viejo se había esforzado por ponerse en pie, pero estuvo poco tiempo así. Se desplomó en seguida y comenzó a murmurar algo con voz ronca y desfalleciente. Me agaché muy cerca de él, para escucharle.

— Vasili Ostrof — musitó el anciano —. La sexta calle... La sexta calle...

Luego no dijo nada más.

— ¿Usted vive en Vasili Ostrof? Entonces, no iba por el camino adecuado. Vasili Ostrof se encuentra a la izquierda, y no hacia la derecha. Espere, iré con usted...

El anciano estaba inmóvil. Le cogí una mano y noté que estaba inerte. Observé su rostro y lo toqué. ¡Había muerto! Me pareció estar soñando.

El suceso me obligó a realizar algunas diligencias, y la fiebre pareció remitir algo. Encontré el lugar donde vivía el viejo. No era en Vasili Ostrof, sino a pocos pasos

de donde había muerto, en el quinto piso de la casa Klugen.

Se trataba del último piso, un alojamiento bajo el tejado, compuesto por un pequeño recibidor y una habitación amplia, de techo bajo, con tres tragaluces a modo de ventanas. El aspecto de la estancia no podía ser más mísero. Consistían los muebles en una mesa, dos sillas, un desvencijado sofá, duro como una piedra y al que se le salían por todas partes las hiladas de cáñamo. Además, este mobiliario no era del anciano, según supe más tarde, sino del dueño de la casa. Era fácil advertir que la estufa no había sido encendida en mucho tiempo. Tampoco se encontró una sola vela, lo que hacía suponer que el viejo iba a la confitería de Muller únicamente para estar con luz y para recibir el grato calor de la estufa.

Sobre la mesa se veía un cántaro vacío y un mendrugo de pan. No hallaron un solo céntimo, ni siquiera alguna ropa para amortajarlo. Alguien ofreció una camisa. Sin embargo, era imposible que hubiese estado siempre solo, de aquella forma. Aunque fuera de tarde en tarde, alguien tuvo que acudir a verle. En el cajón de la mesa se encontró su documentación. El anciano había nacido en el extranjero, pero estaba nacionalizado en Rusia. Su nombre era Jeremías Smith, tenía setenta y ocho años y era mecánico de oficio.

Sobre la mesa había dos libros: un compendio de geografía, y una edición del Nuevo Testamento, en ruso, en cuyos márgenes se veían numerosas señales hechas con lápiz, y a veces con la uña.

Compré esos libros. Se hicieron averiguaciones entre los demás vecinos y ante el propietario, pero nadie pudo aportar datos de interés acerca del viejo, del que poco o nada sabían. En la casa había bastantes inquilinos, casi todos artesanos alemanes que vivían realquilados o en pensión. El administrador, que parecía una buena persona, tampoco pudo decir gran cosa de su antiguo inquilino. Sólo que el piso había sido alquilado por seis rublos

al mes, que hacía cuatro que habitaba allí el anciano, y que como le adeudaba dos meses, había decidido deshacerse. Se preguntó si le visitaba alguien, pero nadie pudo decir nada en concreto.

La casa era muy grande, una especie de Arca de Noé de la que entraba y salía mucha gente, por lo que resultaba difícil recordarlos a todos. El portero, que llevaba cuatro o cinco años al servicio del inmueble, y que seguramente hubiera podido aclarar algo, se había marchado a su pueblo natal quince días antes, y el que ocupaba su lugar era un muchacho, su sobrino, que apenas si conocía a la mitad de los inquilinos.

Por lo que se refiere a las averiguaciones, no sé cómo terminaron; de todos modos, enterraron por fin al anciano.

Me dirigí un día a la sexta calle de Vasili Ostrof, y cuando me encontré allí me eché a reír. ¿Qué podía yo encontrar en la calle sexta, más que una fila de casas corrientes? Me pregunté por qué el viejo, al morir, me habría hablado de esa calle de Vasili Ostrof. ¿Acaso estaría delirando?

Regresé a ver el piso de Jeremías Smith, ahora desocupado. Esta vez me gustó más, y decidí alquilarlo, sobre todo por lo espacioso de su habitación principal. No obstante, ésta era tan baja de techo, que al principio temía dar con la cabeza en las vigas; pero no tardé en acostumbrarme. No se podía pedir más por seis rublos mensuales. Resultaba una delicia vivir en un piso independiente. Mientras encontraba criado, pedí al portero que subiera una vez al día, para que me atendiese en lo más imprescindible.

Pensé que tal vez se presentase alguien preguntando por el anciano. Sin embargo, transcurridos cinco días de su muerte, aún no había venido nadie.

CAPÍTULO II

Por aquella época, hace de eso un año, aproximadamente, yo colaboraba aún en algunas publicaciones que aceptaban mis artículos; tenía la convicción de que algún día llegaría a escribir algo bello e importante. Al menos, había comenzado a trabajar en una novela. Pero esos hermosos proyectos han terminado con mi ingreso en un hospital, donde ahora me encuentro, quedándome poco tiempo de vida, según parece. Como mi fin se aproxima, resulta absurdo que escriba mis recuerdos.

No obstante, los acontecimientos de este último año de mi vida, el más angustioso de todos, acuden sin cesar a mi memoria, aunque trato de evitarlo. En consecuencia, he decidido anotarlo todo, pues estoy seguro de que si no me distraigo en esto, el tedio me matará aún más pronto.

Las impresiones del pasado me turban con una dolorosa agitación que raya en el tormento. Al verterlas al papel, estoy seguro de que cobrarán un carácter más sereno, perdiendo esa fuerza delirante, de pesadilla, que poseen. Eso, al menos, es lo que creo. El simple mecanismo de la escritura me sirve de sedante, me refresca, revive en mí los antiguos hábitos del escritor, y convierte mis recuerdos y visiones enfermizas en trabajo, en acción... Sí, he tenido una excelente idea. Cuando muera, el enfermero heredará mis papeles, y con ellos podrá tapar los intersticios de las ventanas, para que no entre el viento en invierno.

De todos modos, no sé por qué he comenzado mi relato por la mitad. Si pienso escribirlo todo, mejor sería

empezar por el principio. Eso es, hagámoslo así, ya que al fin y al cabo mi autobiografía no será demasiado larga.

Yo no nací aquí, en San Petersburgo, sino en la lejana provincia de N... Mis padres fueron personas honorables, pero me dejaron huérfano en mi infancia, y me crié en casa de Nicolás Sergueitch Ikmeniev, modesto propietario que me recogió por piedad. Tenía éste una hija, Natacha, a la que yo llevaba tres años, y nos criamos juntos, como dos hermanos.

¡Adorable infancia! ¡Qué necio resulta echarte de menos a los veinticinco años, cuando se acerca el momento de mi muerte! Y es que brillaba el sol tan intensamente, era tan distinto del sol de San Petersburgo... Nuestros tiernos corazones latían vivaces, llenos de alegría. A nuestro alrededor había campos y bosques, y no, como ahora, muros de piedra. ¡Qué hermosos eran los jardines y el parque de Vasilievskoie! Esta hacienda se hallaba administrada por mi padre adoptivo, Nicolás Sergueitch, y por ella, así como por el espeso bosque que se extendía detrás, paseábamos Natacha y yo siendo niños. En ese bosque, por cierto, nos perdimos ambos en una ocasión...

¡Días felices y dorados de nuestra infancia! La vida se nos aparecía por primera vez subyugante y llena de misterio, y para nosotros era un placer verla translucir sin comprenderla. Nos daba la sensación de que detrás de cada arbusto, de cada planta, habitaba un ser extraño, fantástico. El mundo hechizado se confundía con el de la realidad, y en ocasiones, cuando la neblina del anochecer se esparcía por los barrancos deshaciéndose en jirones en los matorrales, Natacha y yo, cogidos de la mano y mirando desde el borde del precipicio, observábamos el fondo entre curiosos y asustados, como aguardando que una voz o un ser surgiera de allí, llamándonos desde lo más hondo y haciendo realidad los cuentos de hadas que nos relataba nuestra niñera.

En una oportunidad, bastante tiempo más tarde, re-

cordaba yo a Natacha el día en que nos regalaron el libro *Primeras lecturas infantiles*, y la alegría con que corrimos hacia el estanque del jardín, donde comenzamos a leer el cuento de hadas *Alfonso y Dalinda*.

Cuando recuerdo ese cuento, aun hoy día, me resulta imposible evitar que me embargue una extraña emoción, hasta el punto de que, hace un año, en un momento en que repetía a Natacha el comienzo de la narración —«Alfonso, el héroe de mi relato, nació en Portugal. Su padre, don Ramiro...»—, mis ojos se llenaron de lágrimas. Sin duda me puse en ridículo, ya que Natacha esbozó una sonrisa que contrastaba con mi estado de ánimo. Ella, sin embargo, al darse cuenta en seguida de su falta de consideración, quiso consolarme y comenzó a evocar el pasado, con lo que no tardó en emocionarse también. Pasamos una velada maravillosa, e incluso recordamos el día en que me mandaron a estudiar a la capital de la comarca. Ella lloró mucho entonces, pero la separación fue aún más dolorosa cuando, al salir del colegio, me marché definitivamente de Vasilievskoie para proseguir estudiando en la Universidad de San Petersburgo. Tenía yo entonces diecisiete años, y ella no tardaría en cumplir los quince. Más tarde, Natacha me dijo que por aquel entonces yo era un chico tan delgado y desgarbado, que no podía evitar una sonrisa cuando me miraba.

Al despedirnos, la llevé a un lado con intención de decirle algo de gran importancia. Pero la lengua se me trabó de pronto y me quedé sin poder hablar. No acertaba a expresar lo que sentía, y temí que ella no hubiese llegado a comprenderme. Lleno de congoja, me eché a llorar y me fui sin decir nada. No nos volvimos a ver hasta bastante tiempo después, cuando hace dos años nos encontramos en San Petersburgo. Su padre, el viejo Ikmeniev, se había trasladado a esta ciudad para sostener un pleito. Ocurría eso precisamente cuando yo daba mis primeros pasos en la carrera literaria.

CAPÍTULO III

Nicolás Sergueitch Ikmeniev provenía de una ilustre familia, casi arruinada desde hacia bastante tiempo. No obstante, a la muerte de sus padres heredó una buena propiedad con ciento cincuenta siervos. A los veintiún años entró en el cuerpo de húsares, y después de seis años de servicios satisfactorios, una noche aciaga perdió en el juego todo cuanto poseía. Esa noche no pudo conciliar el sueño. A la velada siguiente volvió a la sala de juego y apostó su caballo, que era lo único que le quedaba. La suerte le favoreció una y otra vez, y media hora más tarde había logrado recuperar una de sus haciendas, la de Ikmenievskoie, que, según el último censo, tenía cincuenta siervos.

Dejó de jugar y al día siguiente pidió el retiro, el cual le concedieron dos meses más tarde, con el grado de teniente. Entonces se marchó a vivir a su propiedad. Había perdido cien siervos, y desde ese momento no quiso hablar de sus pérdidas en el juego. Por más que era un hombre bondadoso, se habría peleado con cualquiera que hubiese tenido el atrevimiento de recordarle el infausto suceso.

Ya en su propiedad estudió economía rural, entregóse con afán a la administración de sus bienes, y a los treinta y cinco años contrajo matrimonio con una joven noble aunque de familia venida a menos, Ana Andreievna Choumilova, la cual no aportó dote alguna, si bien se había educado en un aristocrático internado que dirigía una

distinguida emigrada francesa, la señora de Mont-Revêche. Estos estudios llenaron de orgullo a Ana Andreievna durante toda su vida, aunque nadie llegó a saber jamás en qué había consistido aquella educación.

Por su parte, Nicolás Sergueitch se reveló como un excelente hacendado, e incluso sus vecinos le imitaron en la administración de sus propiedades. Habían transcurrido ya varios años, cuando llegó a la propiedad vecina, la aldea de Vasilievskoie, que contaba con novecientos siervos, el príncipe Pedro Alejandrovitch Valkovski. Su llegada desde San Petersburgo causó gran impresión por los contornos. El príncipe aún era un hombre joven, si bien había ya pasado su primera mocedad. De alto rango, se hallaba relacionado con la mejor sociedad. Hombre gallardo y adinerado, era viudo además, lo que le hacía sumamente interesante a los ojos de las damiselas solteras del distrito, y de sus madres. Comentóse la excelente acogida que en la capital de la provincia le dispensara el gobernador, del que era pariente lejano, y también se murmuró que había trastornado la cabeza de muchas damas de la ciudad. En resumen, se trataba de un característico representante de la alta sociedad petersburguesa, de los que muy rara vez se dejan ver en provincias, y que, al aparecer, siempre provocan sensación.

No obstante, el aristócrata distaba mucho de ser amable, especialmente con las personas que no necesitaba, y con los que juzgaba inferiores a él. Se negó a visitar a los propietarios vecinos, lo que le atrajo la mala voluntad de éstos. Puede imaginarse el asombro de todos cuando se supo que un día había ido a ver a Nicolás Sergueitch, su vecino más cercano.

En el hogar de los Ikmeniev, la visita del príncipe provocó verdadera sensación. Cautivó al matrimonio desde el primer momento, en especial a Ana Andreievna, que no disimuló su entusiasmo. Unos días más tarde el príncipe entraba en la casa del matrimonio sin cumpli-

dos, los iba a ver casi a diario, los invitaba, bromeaba con ellos, refería anécdotas e interpretaba tonadas en el viejo piano de sus amigos. Los Ikmeniev se hallaban verdaderamente asombrados. No alcanzaban a comprender que se tachara de antipático, orgulloso y egoísta a un hombre tan amable y encantador. El príncipe se había ganado la voluntad de Nicolás Sergueitch, personaje sencillo, desinteresado y recto. Además, la explicación de todo aquello no se hizo esperar. El príncipe había ido a Vasilievskoie para despedir a su administrador, un alemán ambicioso y de escasos escrúpulos. Éste era agrónomo, usaba gafas, tenía el pelo canoso y una gran nariz aquilina. A pesar de este noble continente, robaba con todo descaro, e incluso había llegado a causar la muerte de varios siervos. El desalmado, al ser sorprendido en sus poco edificantes manejos, argumentó largamente acerca de la proverbial honradez alemana, pero no le valió de nada y le despidieron sin más contemplaciones.

Necesitado de otro administrador, el príncipe pensó en Nicolás Sergueitch, que le parecía honrado, libre de toda sospecha, y excelente para el empleo. Habría preferido que el mismo Nicolás Sergueitch se hubiese ofrecido para el cargo, pero como no lo hiciera, un día el príncipe le rogó que lo aceptara, y lo hizo como si estuviera pidiéndole un favor a un amigo. Ikmeniev se negó al principio, pero el buen sueldo ofrecido tentó a Ana Andreievna, mientras que el príncipe insistía afable y convincente, hasta que terminó con las últimas vacilaciones de Nicolás Sergueitch. Vale decir que el príncipe se salió con la suya.

Indudablemente, éste conocía bien a los hombres. El poco tiempo pasado junto a Ikmeniev fue suficiente para que se diera cuenta de que sólo podría atraérselo por medio de la amistad, llegándole al corazón, sin lo cual el dinero de nada le valdría. Necesitaba el príncipe un administrador en el que pudiera confiar plenamente, a fin de no tener que regresar más a Vasilievskoie. Tal fue

la seducción que ejerció sobre Ikmeniev, que éste creyó de verdad en su amistad. Y es que Nicolás Sergueitch era uno de esos hombres de buen corazón, ingenuamente novelescos que tenemos en Rusia, que con facilidad entregan su afecto a personas que no lo merecen, se sacrifican por ellas y en ocasiones llevan su devoción a extremos verdaderamente ridículos.

Varios años pasaron, después de esto. Las propiedades del príncipe iban prosperando, y las relaciones entre el dueño de Vasilievskoie y su administrador se desenvolvían sin el menor tropiezo, aunque lo cierto es que se reducían a una fría y escueta correspondencia relativa al negocio. Aunque el príncipe no intervenía en las decisiones que Nicolás Sergueitch iba tomando en su gestión, a veces dio a éste algunos consejos que le asombraron por su sentido práctico y competencia. A todas luces, el príncipe no deseaba hacer gastos superfluos, y además sabía la forma de ganar dinero. Cinco o seis años más tarde de su visita a Vasilievskoie, el príncipe envió a su administrador una autorización para la compra de otra propiedad situada en la misma zona, una espléndida posesión que contaba con cuatrocientos siervos.

El gozo de Nicolás Sergueitch se desbordaba ante los éxitos y la creciente prosperidad del príncipe, igual que si éste hubiera sido su propio hermano. Su satisfacción culminó un día en que el aristócrata le ofreció una prueba de la extraordinaria confianza que le dispensaba. He aquí lo que sucedió... Pero antes me creo obligado a relatar algunos pormenores de la vida del príncipe Valkovski, el cual es uno de los personajes más importantes de mi historia.

CAPÍTULO IV

He dicho ya que el príncipe era viudo. De muy joven se había casado sin otro móvil que el interés, puesto que sus padres, que habitaban en Moscú, se hallaban totalmente arruinados. Al morir ellos no heredó casi nada, ya que la hacienda de Vasilievskoie se hallaba hipotecada de tal forma que más bien suponía para él una onerosa carga. Así pues, a los veintidós años el príncipe no tuvo más remedio que emplearse en una oficina pública de Moscú, llevando la vida misera del noble venido a menos.

El casamiento con la hija más que madura de un fabricante de aguardientes le salvó de aquella tediosa existencia. Aunque su suegro le engañó con la cuantía de la dote, inferior a lo estipulado, el príncipe pudo desgravar las tierras de sus antepasados con el dinero de su mujer. La hija del fabricante apenas sabía escribir, se expresaba con torpeza y era bastante fea; entre sus virtudes sólo se contaban las de ser bondadosa y dócil, cualidades de las que el príncipe supo sacar un buen partido. Al año de casados, cuando ella le había dado un hijo, dejó a su esposa en Moscú bajo la tutela de su padre, y se marchó a otra provincia con el fin de ocupar un cargo importante, que había logrado merced a intrigas y a la protección de un ilustre familiar suyo. Tenía el príncipe verdadera ansia de honores, de prosperidad y distinciones, y dándose cuenta de que con su mujer no podría residir en San Petersburgo o en Moscú, decidió esperar mejores épocas y probar fortuna en provincias.

Era tal la desconsideración con que trataba a su mujer, que durante el primer año de vida conyugal poco había faltado para que ella muriese, según se decía. Tales rumores llenaban de indignación a Nicolás Sergueitch, su administrador, el cual defendía al príncipe diciendo que era incapaz de semejantes villanías.

Siete u ocho años después la esposa del príncipe murió, y éste se trasladó a San Petersburgo, ya viudo. Incluso en la gran ciudad su llegada provocó alguna sensación. Aún era joven, apuesto, tenía cierta fortuna y estaba dotado de brillantes cualidades: vivo ingenio, elegancia y temperamento alegre. No se presentó en San Petersburgo como el que llega en busca de ayuda y con deseos de prosperar, sino como quien goza de cierta posición independiente. Supo captarse la admiración de las damas, especialmente, y su amistad con una hermosa aristócrata le dio el prestigio que ofrece el escándalo. Derrochaba el dinero sin tasa, a pesar de que su sentido de la economía lindaba a veces en la avaricia, y cuando perdía grandes sumas en el juego, su rostro no dejaba traslucir la menor emoción.

Sin embargo, no había ido a San Petersburgo a pasarlo bien, sino a abrirse paso, consolidando definitivamente su situación. Pudo lograr sus propósitos, pues un ilustre pariente suyo, el conde Nainski, hombre encumbrado que no le hubiera hecho el menor caso, de haber ido a pedirle un favor, quedó sorprendido de sus éxitos y consideró apropiado atenderle. Hasta se dignó recoger en su casa, para educarle, al hijo del príncipe, que por aquél entonces contaba siete años de edad.

Por esas fechas, justamente, el príncipe efectuó su viaje a Vasilievskoie y conoció a los Ikmeniev. Luego, gracias al conde, obtuvo un cargo importante en una de las embajadas principales y partió hacia el extranjero.

Circularon entonces algunos rumores desagradables acerca del aristócrata. Decíase que había tenido una aventura enojosa en el extranjero, si bien no se sabía

a ciencia cierta en qué había consistido. Lo que sí pudo asegurarse era que de la noche a la mañana el príncipe se halló en situación de poder adquirir una nueva propiedad de cuatrocientos siervos, según hemos dicho antes. Cuando regresó a Rusia, algunos años más tarde, era ya un personaje y logró en San Petersburgo un cargo de notable importancia.

Entonces contaron a Ikmeniev que el príncipe iba a casarse por segunda vez, y que ese segundo casamiento le uniría a una familia rica y poderosa. Mientras se frotaba las manos, lleno de satisfacción, Nicolás Sergueitch decía: «Se está convirtiendo en un gran señor».

Yo me encontraba por aquellos días estudiando en la Universidad de San Petersburgo, y aún recuerdo que Nicolás Sergueitch me escribió con el único objeto de que averiguase si tales rumores de boda eran ciertos. Envió asimismo una carta al príncipe recomendándome, pero no recibió contestación a la misiva. Lo único que pude averiguar fue que su hijo, educado primeramente en casa del conde Nainski, cursó estudios más tarde en el Liceo Imperial, y a la sazón, ya con diecinueve años, había terminado sus estudios en ciencias. Así se lo escribí a Ikmeniev, y añadí que el príncipe sentía adoración por su hijo, le mimaba y tenía grandes proyectos para su porvenir; eso lo supe por los compañeros de estudios del joven. Y un buen día, Nicolás Sergueitch recibió una carta del príncipe que le llenó de asombro y de satisfacción a la vez.

El príncipe, que según he dicho antes, se había limitado hasta entonces a sostener una correspondencia puramente formal y comercial con su administrador, le hablaba esta vez amistosamente y con todo detalle de su vida particular. Quejábase de su hijo, cuya conducta le producía muchos disgustos, si bien comprendía que no podían tomarse muy en serio las travesuras de un muchacho de su edad (era evidente que procuraba disculparle). De todos modos, y con el fin de darle un

pequeño escarmiento, había decidido enviarle a pasar una temporada al campo, bajo la vigilancia de Ikmeniev. Aseguraba el aristócrata tener plena confianza en su honrado y excelente amigo, y no menos en su esposa, y les pedía que aceptaran al joven en el seno de la familia, procurando devolverle la cordura en el ambiente apacible del campo, inculcándole a un tiempo los sanos y austeros principios tan necesarios en la vida.

El joven príncipe fue acogido a su llegada como un hijo, y no mucho después, Nicolás Sergueitch le quería tanto como a Natacha. Al correr del tiempo, cuando se produjo la ruptura definitiva entre el príncipe y los Ikmeniev, el anciano aún recordaba con ternura a su Aliocha, como solía llamar al príncipe Alejo Petrovitch. Era éste un muchacho encantador: apuesto, algo débil de carácter, nervioso como una mujer, pero alegre y sencillo. Poseía un alma franca, abierta a los más nobles sentimientos, y un corazón sensible, recto y agradecido.

No tardó en ser el predilecto de los Ikmeniev. A pesar de sus diecinueve años, aún era como una criatura. No podía comprenderse cómo queriéndole su padre tanto como se decía, le había alejado de su lado. Decíase que Aliocha llevaba en San Petersburgo una vida frívola e indolente, y que se negaba a estudiar, lo que causaba una gran aflicción a su padre.

Ikmeniev no quiso preguntar a Aliocha a ese respecto, pues todo parecía indicar que el príncipe había querido mantener oculta la verdad de la causa del confinamiento de su hijo en el campo. Según algunos rumores, Aliocha había tenido amoriños con cierta dama, y se hablaba igualmente de un duelo y de pérdidas considerables de un dinero que no era suyo, en la mesa de juego. Nicolás Sergueitch rechazaba esas murmuraciones lleno de ira, más aún sabiendo que Aliocha veneraba a su padre, del que estuvo separado durante su infancia y adolescencia, y al que aludía siempre lleno de entusiasmo y afecto filial.

En ciertas ocasiones, Aliocha hablaba de cierta condesa a la que galanteaban él y su padre a la vez. Había resultado vencedor Aliocha en la pequeña pugna, y ello enfurecido al príncipe. El joven relataba a menudo esa historia con pueril despreocupación y lanzando alegres carcajadas. Poco después Aliocha se enteró también, por los rumores que corrían, de que su padre se proponía volver a contraer matrimonio.

Un año llevaba el muchacho en el campo, y de vez en cuando escribía a su padre cartas cariñosas y llenas de respeto. Cuando aquel verano llegó el príncipe—después de informar a Ikmeniev de su visita—, el desplazado rogó a su padre que le dejara el mayor tiempo posible en Vasilievskoie, pues había llegado a gustarle aquella apacible vida. Las decisiones que tomaba Aliocha eran consecuencia de su carácter impresionable y nervioso, de su ardiente corazón, de una ligereza que a veces llegaba a resultar desconcertante, de la propensión que tenía a dejarse influir por los demás, y de su falta total de voluntad. La petición del joven fue acogida con verdadera desconfianza por el príncipe.

Ikmeniev apenas reconoció a su gran amigo de antes, ya que el príncipe Pedro Alejandrovitch había cambiado notablemente. Muy circunspecto con su administrador, al examinar las cuentas mostróse avaro y suspicaz. Todo ello apenó profundamente al noble Ikmeniev, que al principio no daba crédito a lo que veía. Pero era la triste verdad, y las cosas iban saliendo precisamente al revés que catorce años antes, cuando la primera visita del príncipe a Vasilievskoie. Visitó éste a sus vecinos, o más bien a los de mayor importancia, y no volvió a aparecer por casa de Ikmeniev, al que trataba como a un subordinado.

Y he aquí que de improviso surgió un acontecimiento absurdo: sin motivo alguno se produjo una ruptura violenta entre el príncipe y Nicolás Sergueitch, a raíz de una escena borrascosa durante la cual se cambiaron

frases vehementes y ofensivas. Ikmeniev salió de Vasilievskoie lleno de cólera, pero los hechos no terminaron allí. Poco después se difundió por la comarca un infame rumor. Se dijo que Nicolás Sergueitch, conociendo el endeble carácter del hijo del príncipe, había querido sacar provecho de ello en su beneficio. A tal fin, su hija, Natacha, que contaba entonces diecisiete años, habría logrado enamorar al joven de veinte, mientras el padre y la madre protegían ese amor aparentando no darse cuenta de nada. Natacha, astuta y sin escrúpulos, habría engatusado al adolescente, que en todo el tiempo que llevaba allí no se había atrevido a visitar a ninguna de las damitas que vivían en la honorables casas vecinas. Por fin, decíase que los amantes habían decidido casarse en Grigorievo, a unos dieciséis kilómetros de Vasilievskoie, aparentemente a escondidas de los padres de Natacha, pero en realidad amparados por ellos, que estaban al corriente de todo y habían guiado a la muchacha.

En realidad haría falta un volumen entero para relatar los chismorros que las comadres del lugar, sin distinción de clase o edad, tejieron en torno al desgraciado asunto. Lo más lamentable fue que el príncipe dio pábulo a las murmuraciones, y su llegada a Vasilievskoie fue motivada precisamente por haber recibido un anónimo en San Petersburgo.

De cuantos conocían a fondo a Ikmeniev, ninguno hubiera creído una sola palabra respecto a las acusaciones que circulaban, pero como suele acontecer, la mayoría comenzó a rebullir, a murmurar, y a menear la cabeza desaprobadoramente, sin preocuparse lo más mínimo de poner las cosas en claro. En resumen, que todos condenaron el proceder de Ikmeniev.

Este era demasiado orgulloso para tratar de justificar a su hija ante las chismosas, y prohibió severamente a su mujer que hablase con nadie de lo sucedido. Natacha, por su parte, que había sido difamada tan vergonzosamente, tardó casi un año en enterarse de aquellos

chismes. Todo se lo habían ocultado cuidadosamente, y vivía inocente y feliz como una criatura.

Sin embargo, la calumnia fue creciendo con el correr del tiempo, los aduladores del príncipe no descansaban, y surgieron denunciantes y falsos testigos que hasta hicieron creer al príncipe que la administración de Nicolás Sergueitch distaba mucho de ser un ejemplo de honradez. Incluso aseguraron que tres años antes, al proceder a la venta de un pequeño bosque, Ikmeniev se había embolsado doce mil rublos, lo que podía comprobarse merced a los oficios de algunos testigos. Por otra parte, el hecho se agravaba debido a que en la venta —seguían afirmando—, el administrador había actuado por sí mismo, sin autorización del príncipe, al que después dijo que se vio forzado a vender el bosquecillo, entregándole una cantidad inferior a la percibida.

Pudo comprobarse más adelante que todo aquello no eran más que calumnias, pero en ese momento el príncipe lo creyó todo. Ante testigos llamó ladrón a Nicolás Sergueitch, el cual sin poder contenerse, replicó con un insulto igualmente grave, por lo que se produjo una escena de violencia inusitada.

Inmediatamente se inició el proceso. Al administrador le faltaban algunos documentos, y, más que nada, carecía de recomendaciones y experiencia en materia legal, por todo lo cual perdió rápidamente el pleito. Le embargaron la propiedad, y al saberlo, el viejo, desesperado, dejó al frente de sus tierras a un hombre capaz y de confianza y se trasladó a San Petersburgo con su familia, para poder seguir de cerca el asunto.

No hay duda de que el príncipe se dio cuenta en seguida que había cometido un error con Ikmeniev, pero ambos se habían ofendido tan gravemente que resultaba ocioso pensar en una reconciliación. En consecuencia, el colérico príncipe puso en juego todo su poder para que el fallo se inclinase en su favor, lo que suponía dejar en la miseria a su antiguo administrador.

CAPITULO V

Esta fue, por consiguiente, la razón de que los Ikmeniev vinieran a instalarse en San Petersburgo. Prefiero no describir mi encuentro con Natacha, después de los cuatro años que llevaba sin verla. Durante ese lapso no la había olvidado ni por un instante, y si bien no notaba un sentimiento definido cuando pensaba en ella, en el momento en que volví a verla comprendí que era la mujer que me reservaba la providencia.

Me dio la impresión, al comienzo, de que había cambiado muy poco en aquellos cuatro años, y que seguía siendo la misma chiquilla de antes, pero paulatinamente fui descubriendo en ella nuevos detalles que me habían pasado inadvertidos, hasta entonces, tal vez como si hubiese querido ocultarlos a propósito. ¡Qué gozo me producía cada uno de aquellos descubrimientos!

A poco de llegar a San Petersburgo, el anciano Ikmeniev se mostraba gruñón e irritable. El asunto no marchaba bien, y ello le indignaba. Solía enfrascarse en la lectura de sus documentos, y no nos hacía el menor caso.

Ana Andreevna, su esposa, sentíase desorientada y no sabía qué partido tomar. San Petersburgo la intimidaba, y no cesaba de llorar y suspirar recordando su casa. Por otra parte, se lamentaba de que nadie se fijara en Natacha, que estaba ya en edad de casarse. Como no tenía quien la escuchase, me había tomado a mí por confidente suyo.

Por aquel entonces concluí mi primera novela, y como principiante en las lides literarias, no sabía a quién dirigirme para que me la editasen. No había hablado de ello a los Ikmeniev, quienes parecían disgustados conmigo porque yo vivía aparentemente en la ociosidad y no mostraba deseo alguno de buscarme un empleo. El anciano me lo recriminaba con amargura, impulsado por el cariño paternal que mostraba hacia mí, y yo me sentía avergonzado de decirles en qué consistía mi ocupación. ¿Cómo explicar que no deseaba ser empleado, sino que quería escribir novelas? En consecuencia, preferí engañarle diciendo que trataba de encontrar colocación, pero que no lo conseguía. En realidad, a él le faltaba tiempo para comprobar si lo que yo decía era verdad.

En cierta ocasión, Natacha, después de haber escuchado lo que habíamos hablado su padre y yo, me llevó aparte y con lágrimas en los ojos me suplicó que pensara en mi porvenir. Quiso averiguar en qué asuntos me ocupaba, y como no terminaba de confessárselo, con lágrimas en los ojos, me hizo jurar que no me dejaría arrastrar por la pereza o la mala vida.

Aun así no quise decirle el trabajo que me tenía ocupado, a pesar de que hubiera cedido con gusto todas las alabanzas con que la crítica me favorecería muy pronto, a cambio de una palabra de estímulo de ella.

Por fin se publicó mi novela, pero ya un tiempo antes comenzó a hablarse de ella en el mundillo literario, pues el conocido crítico B... había disfrutado mucho leyendo mi manuscrito. Cuando me sentí más dichoso no fue en los momentos de embriaguez que siguieron al éxito de mi obra, sino cuando mi manuscrito aún no había sido leído por nadie, en las prolongadas noches de esperanzas y ensueños, en que, lleno de ilusión y de fe, convivía con los personajes nacidos de mi imaginación, como si fueran seres de carne y hueso. Tomaba parte en sus alegrías y sus penas, y hasta hubo veces en que

derramé algunas lágrimas, compadecido por la suerte de mis desdichados héroes.

Me siento incapaz de describir la alegría del anciano Ikmeniev y de su esposa, al producirse mi triunfo. Por más que su primera reacción fue de profundo estupor, tal era la extrañeza que sentían. Ana Andreievna no podía concebir que el nuevo escritor, al que todos elogiaban sin cesar, fuera su propio Vania, como ella me llamaba. También el viejo tardó en convencerse. Al tener conocimiento de los primeros rumores sintióse espantado, y me dijo que había echado por tierra la oportunidad de llegar a ser un buen empleado del Estado. Después me habló de la vida irregular que suelen llevar los escritores. Más tarde, las favorables críticas de los periódicos, y los elogios que me prodigaron personas que le merecían plena confianza, le hicieron cambiar de opinión. Y cuando vio que el dinero me llegaba en abundancia, y comprobó de qué forma pueden retrubirse algunos trabajos literarios, dejó de lado sus últimas vacilaciones, y con asombrosa celeridad pasó de la duda al entusiasmo más absoluto. Gozoso como un chiquillo, entregóse a las más descabelladas especulaciones y optimistas esperanzas acerca de mi porvenir. No pasaba día en que no forjase nuevos planes relacionados con mi carrera. ¡Y qué proyectos hacia! No obstante, cuando se hallaba en la cumbre de su entusiasmo, sufría a veces un acceso de pesimismo y las dudas volvían asaltarle.

— Escritores... poetas... — decía en tales ocasiones —. Dime, ¿cuántos de ellos se han abierto camino en el mundo? ¿Cuántos se han labrado un porvenir? Bah, nada bueno puede esperarse de esos vanidosos chupatintas...

Me di cuenta de que tales inquietudes solían asaltarle al anochecer, y aún recuerdo perfectamente todos los pormenores de aquella época bendita. Al caer la tarde, el bueno de Ikmeniev se convertía en un ser nervioso,

impresionable, desconfiado. Natacha y yo estábamos al corriente del hecho, y lo comentábamos entre risas. Recuerdo que para animarle, yo le relataba a veces anécdotas de escritores: de Sumarokof, a quien llegaron a hacer consejero privado; de Derchavin, que recibió una tabaquera llena de monedas de oro, y de la visita hecha por la emperatriz Catalina a Lemonosov. También le hablaba de Pushkin y de Gogol...

— Sí, hijo mío, todo eso lo sé muy bien — respondía el viejo, aunque quizás era la primera vez en su vida que oía hablar de semejantes asuntos —. Mira, Vania, al menos me alegra que tu libro no esté escrito en verso. Los versos son necedades que sólo valen para hacer perder el tiempo. Pase ya que los estudiantes hagan poesías, pero que las haga un joven de tu edad, eso sólo puede conducir al manicomio. No dudo que Pushkin fuera un gran hombre. Sin embargo, ¿qué hizo? Versos y más versos, para halagar un poco el oído. Aunque no leí demasiado, estoy seguro de que la prosa ya es algo distinto. Con la prosa se puede instruir, se puede hablar del amor, de la patria y de la virtud... Bueno, no sé explicarme, pero estoy seguro de que me entiendes, ¿no es cierto? Cuando te digo todo esto es porque siento por ti el mismo cariño que por un hijo.

Por fin, me presenté con mi libro, y todos nos reunimos en torno a la mesa, a tomar el té.

— Veamos, léenos un poco de eso que garabateaste ahí — dijo el anciano —. Están hablando bastante de ti. A ver si es cierto lo que dicen.

Cogí el libro y me preparé a leer. La obra había salido recientemente de la imprenta. En cuanto conseguí un ejemplar me dirigi a toda prisa a casa de los Ikmeniev. Lamentaba verdaderamente no haber podido hacerlo antes, pero el manuscrito se encontraba ya en poder del editor. Natacha llegó a llorar, incluso, y me reprochó que otros se hubieran enterado de la obra antes que ellos.

El caso es que nos hallábamos reunidos ante aquella mesa. El anciano Ikmeniev, con semblante serio y crítico, parecía dispuesto a emitir una opinión inapelable, una vez que se hubiera formado una idea del contenido de la obra. Lo mismo ocurría con Ana Andreievna, cuya actitud era tan solemne que resultaba para mí del todo desusada. Me pareció que hasta llevaba una cofia nueva, que se había puesto sin duda para escuchar la lectura. Hacía tiempo que se había dado cuenta del tierno amor que trascucían mis miradas, cuando yo observaba a Natacha, y que mis palabras resultaban inseguras al hablarle. La joven, por su parte, también me miraba con mayor interés.

Por fin llegaba el feliz día en que el triunfo recompensaba mis desesperanzas y me auguraba futura dicha. Todo se presentaba casi de improviso.

La observadora Ana Andreievna había notado, asimismo, que su marido me trataba con gran consideración desde hacía un tiempo, observándonos a Natacha y a mí de una forma harto significativa. La anciana sintióse sobreexcitada de pronto. En efecto, yo no era conde ni príncipe, ni siquiera era licenciado en Derecho por alguna universidad... Y es que Ana Andreievna nunca se quedaba a medias, cuando daba rienda suelta a su fantasía.

«Le prodigan muchos elogios a este muchacho — pensaba —, pero a fin de cuentas, no hay demasiados motivos. Ser escritor, o poeta, ¿qué representa eso, al fin y al cabo?»

CAPÍTULO VI

Leí mi novela sin interrupción, de una vez, lo cual prolongó la velada hasta las dos de la madrugada. Cuando empecé, advertí que el anciano arrugaba el entrecejo. Tal vez aguardaba algo sublime, incomprensible para él, y en vez de eso se encontraba con sucesos corrientes, de los que diariamente se presentan a nuestro alrededor. Quizás esperaba que el protagonista fuera un gran personaje histórico, como Roslavliev o Yuri Milovslavski. Yo, en cambio, presentaba a un infeliz empleado, simplón y de ropa desastrada, y lo refería todo con el estilo llano del lenguaje corriente. Resultaba inconcebible. Ana Andreievna dirigía miradas de desconcierto a su marido, y hasta movía levemente la cabeza, en señal de desaprobación. Se preguntaba si valía la pena escribir aquellas necedades, y si habría alguien capaz de pagar para leerlas.

Natacha, por el contrario, escuchaba mi lectura con gran atención, casi ávidamente y sin apartar sus ojos de mí. Parecía seguir los movimientos de mis labios, repitiendo lo que yo decía. Aunque parezca increíble, no había llegado a la mitad de la obra, cuando mis tres oyentes tenían los ojos llenos de lágrimas. La madre lloraba con desconsuelo, plenamente compadecida de mi héroe, y a juzgar por sus breves comentarios parecía querer ayudarle en sus desdichas. Ikmeniev, por su parte, se había olvidado de sus sueños de grandeza.

— Nada más comenzar — manifestó —, se ve que es un relato sencillo, sin alardes. Sin embargo, commueve.

Nos hace comprender lo que ocurre a nuestro alrededor, y que hasta el último de los hombres es digno de consideración.

Natacha lloraba silenciosamente, y en un momento me estrechó a escondidas la mano, por debajo de la mesa. Una vez que hube concluido la lectura, la joven se levantó de su silla con las mejillas arreboladas y los ojos velados por el llanto. Me cogió una mano de improviso, la besó y echó a correr, desapareciendo por la puerta de la estancia. El padre y la madre se miraron brevemente, y el viejo musitó:

— ¡Vaya, qué chica tan impulsiva! En fin, no hay nada de malo en ello, es un arrebato de emoción. Es una buena muchacha...

Todo esto lo dijo mirando a su esposa, sin duda tratando de disculpar a Natacha, y de paso a mí, aunque no sé bien por qué.

A pesar de la emoción que le produjera la lectura de la novela, Ana Andreievna se mostraba menos entusiasmada, y parecía querer decir: «Sí, ya sabemos que Alejandro de Macedonia fue un gran héroe, pero no por eso vamos a rasgarnos las vestiduras».

Un momento después regresó Natacha. Venía gozosa, llena de alegría, y al pasar junto a mí me dio un breve pellizco, sin decir nada. El anciano parecía dispuesto a hacer la crítica de mi obra, pero se le veía tan emocionado, que sin poder contenerse declaró:

— Magnífico, querido Vania, magnífico. Te aseguro que estoy conmovido; nunca lo hubiera imaginado. No se trata de una obra sublime, claro está. En cierta ocasión leí «La liberación de Moscú», y desde el primer momento se siente uno transportado a las alturas, como una águila... Tu libro, Vania, es más sencillo, se comprende mejor, y es justamente esa naturalidad lo que más me gusta. Da la sensación como si todo eso le hubiera ocurrido a uno mismo. Y es que ¿para qué valen los temas de envergadura, si nadie los entiende? Me gusta mucho

tu obra, ya lo he dicho, pero de todos modos le falta algo al estilo, sí, creo que carece de altura, digas lo que digas. Eso ya no tiene solución, puesto que el libro está impreso, pero en la segunda edición... Porque tal vez haya otra edición, así ganarás más dinero, ¿verdad?

— ¿Es cierto que eso te da bastante dinero, Iván Petrovitch? — inquirió Ana Andreievna —. Cuanto más lo pienso, más absurdo me parece. ¡Señor, en qué se gasta la gente el dinero, en nuestros días!

— Escucha, Vania — declaró Ikmenev, cada vez más entusiasmado —; esto no puede compararse con un empleo fijo, desde luego, pero no deja de ser una carrera. Grandes personajes leerán tus libros. Mencionaste que a Gogol le pasaban una pensión anual, y que hasta le mandaron al extranjero. Puede que también lo hagan contigo, ¿eh? Claro que aún resulta demasiado pronto; necesitas escribir antes otras obras. Entonces, hijo mío, date prisa en hacerlo. No debes dormirte en los laureles, sin vacilar.

Todo esto lo dijo tan convencido, con tanta sinceridad, que no tuve valor para poner coto a su fantasía, ni para enfriar su gozo.

— Y seguramente te harán buenos regalos, para animarte — añadió —. Quizá lleguen a invitarte a la corte...

Esto lo dijo en voz baja, guiñando un ojo significativamente a Natacha.

— Aunque tal vez sea aún demasiado pronto para que te reciban — declaró en seguida.

— ¿Dónde, en la corte? — terció Ana Andreievna, con tono ligeramente irónico.

— Vaya, de seguir así ya me veo general — aseguré yo, riendo alegremente.

El anciano también se echó a reír, no menos contento.

— ¿Desea cenar, el señor general? — preguntó en broma Natacha, que había preparado algo en la cocina, mientras tanto.

Después se unió a la alegría de todos, y corriendo hacia su padre le abrazó con fuerza.

— ¡Padre! ¡Padrecito mío! — dijo llena de emoción, e Ikmeniev no se mostró menos enternecido.

— En fin, basta ya — dijo entonces el anciano —. He hablado sin pensar demasiado. Seas o no general, lo importante ahora es cenar... ¡Vamos, qué muchacha tan sensible!

Dio unos cariñosos golpecitos en las arreboladas mejillas de Natacha, como solía hacer en ocasiones semejantes, y agregó:

— Mira, Vania, si digo estas cosas es porque te aprecio de verdad. Ciento que no eres general; pero aunque nunca llegarás a serlo, ya puedes considerarte como un hombre encumbrado, un autor famoso.

— Ahora se dice escritor, papá.

— Vaya, ¿no se dice ya autor? Lo ignoraba. En fin, escritor, entonces. Digo que seguramente no te nombrarán gentilhombre de palacio por ello, Vania, pero de todos modos puedes abrirte camino. Quizá te designen agregado de alguna Embajada y te manden al extranjero, a Italia, por ejemplo, y así podrás perfeccionar tus estudios. En el peor de los casos te pasarían una pensión, imagino. Ciento es que todo debes ganártelo, merecerlo, y no recibir honores o dinero como un protegido...

— De todos modos, que no se te suban los humos a la cabeza — dijo Ana Andreievna, sonriendo.

— No, no, papá — intervino Natacha, en el mismo tono —. Es mejor que le otorguen una condecoración importante. Eso de agregado de Embajada me parece poca cosa.

De nuevo me dio Natacha un pellizco en un brazo.

— ¡Ah, cómo se burla la muy pícara de este pobre viejo! — manifestó el anciano Ikmeniev, observando satisfecho a su hija, cuyos ojos seguían brillando intensamente —. En fin, hijos, tal vez me he excedido un poco; nunca puedo evitarlo. ¿Quieres que te diga algo,

Vania? Verás, cuando te miro no te encuentro nada de extraordinario...

— Por favor, papá, ¿qué querías ver en él?

— No, no me entendéis. Lo que digo, Vania, es que no tienes aspecto de poeta. Todos ellos, bueno, según dicen, son gente pálida, de largos cabellos y ojos de mirar un tanto raro... Como Goethe y los demás, según he leído. ¿Qué ocurre, dije alguna tontería? Bueno, esta chiquilla siempre se divierte a costa mía. Sé que no soy un hombre culto, pero también tengo sentimientos. En fin, dejemos de lado la cuestión del aspecto, que no tiene demasiada importancia. Por otra parte, tú tienes buena presencia y resultas agradable, pero lo que importa es que seas un hombre a carta cabal, lleno de honradez y sin que te creas más importante que los que te rodean. Si lo haces así, te espera un gran porvenir. Vaya, menos mal que me ha salido justamente lo que quería decir; sí, eso es, precisamente.

— Felices tiempos! Yo pasaba las veladas y todos los momentos que tenía libres, en casa de los Ikmeniev. Comentaba con el anciano las novedades literarias, y hablábamos de escritores, por los que Ikmeniev se había sentido interesado de pronto. Llegó hasta a leer artículos de un famoso crítico del que yo le había hablado en numerosas ocasiones. Aunque apenas comprendía lo que escribía el crítico, le elogiaba sin reservas, mientras que censuraba acerbamente a mis enemigos, los redactores de «El abejorro del Norte».

Natacha y yo estábamos sometidos a la vigilancia de Ana Andreievna, pero ésta no consiguió sorprendernos. Nuestros corazones se entendían, y la joven admitió que me amaba. Los viejos, adivinándolo, sólo tuvieron la confirmación más tarde. Después de algunas reflexiones, la madre movió la cabeza, llena de dudas. Aquello le parecía muy inquietante. No tenía confianza en mí.

— Ciento que has logrado un éxito, Vania — me decía —; pero supón que ocurre de modo distinto la pró-

xima vez. ¿Qué será de ti? Si tuvieras un empleo, por lo menos...

— Voy a darte mi opinión, Vania —dijo a su vez el viejo, cuando hubo madurado el asunto largamente—; me he dado cuenta de que tú y Natacha... En fin, confieso que me he alegrado, pues no tiene nada de particular, ¿verdad? Pero debes comprender que aún sois demasiado jóvenes. Ana Andreievna tiene razón. Vale más esperar un tiempo. Es verdad que tienes talento, y mucho, no dejo de reconocerlo; pero de ahí a ser un genio, como se dijo al principio... No, no lo eres, y hasta la crítica de «El abejorro del Norte» te trata bastante mal, aunque no es más que un periodiquillo de mala muerte. Ahora bien, el poseer talento no quiere decir que tengas tu situación asegurada, y ya sabes que los dos sois pobres. Aguardemos un año, o año y medio; si te afianzas aún más, te llevas a Natacha. En caso contrario, tú mismo podrás decidir. Sé que eres una persona honrada.

Quedaron así las cosas, y al cabo de un año la situación era como relato a continuación:

En efecto, esto sucedió un año más tarde, casi exactamente. Un hermoso día de setiembre, al anochecer, me dirigi a casa de mis viejos amigos, y enfermo, agotado, me dejé caer en una silla, poco menos que desvanecido. Ellos se sobresaltaron al verme en aquel estado. Si en esa ocasión sentía que la cabeza me daba vueltas, si mi alma estaba llena de congoja, hasta el extremo de haberme acercado diez veces a la puerta de ellos, retrocediendo en otras tantas ocasiones, sin atreverme a llamar, no era por que no hubiera avanzado extraordinariamente en mi carrera, ni porque careciese aún de gloria y dinero, o porque faltase mucho para que me enviaran a una Embajada, o a Italia con una pensión, sino porque en un año pueden vivirse diez vidas, y precisamente era eso lo que le había ocurrido a mi Natacha; porque un abismo se había abierto entre ella y yo...

Bien recuerdo que me hallaba ante el viejo sin decir nada, dando vueltas entre mis manos, sin darme cuenta, al sombrero cuya copa estaba ya bastante deformada. Yo esperaba sentado, sin saber por qué, la entrada de Natacha. Llevaba un traje ruido, que me quedaba aún peor por haber adelgazado bastante. También estaba muy pálido, y con todo, distaba mucho de parecerme a un poeta. Mis ojos no trascendían aquella altivez que tanta preocupación causara al bueno de Ikmeniev. Mientras tanto, Ana Andreievna me miraba con mal disimulada compasión, como diciéndose: «¡Y pensar que estuve a punto de entregarle a mi hija! ¡El Señor nos ampare!»

— ¿Te sirvo una taza de té, Iván Petrovitch —me preguntó al fin, señalando al samovar que humeaba—. ¿Cómo te encuentras? ¿Aún sigues enfermo?

Me lo preguntó en un tono tan lastimero que aún resuena en mis oídos. También me parece que la estoy viendo. Al tiempo que hablaba, su mirada expresaba evidente inquietud, la misma que había hecho presa en el anciano Ikmeniev, que, sentado ante una taza, se hallaba embebido en sus pensamientos.

Yo estaba enterado del motivo de esa seria preocupación, que era su pleito con el príncipe Valkovski, lo que en unión de otras contrariedades tenían al pobre viejo desmoralizado, llegando a afectar su salud.

El causante de aquel enredo, el joven príncipe, los había ido a visitar cinco meses antes. Con gran alegría acogió el anciano Ikmeniev a Aliocha, al que quería como un hijo y del que hablaba muy a menudo. Ana Andreievna se acordó de Vasilievskoie y se deshizo en un mar de lágrimas. Continuó Aliocha visitándoles con mayor asiduidad cada vez, y sin que se enterase su padre. Ikmeniev, siempre honrado y recto en su proceder, rechazó indignado cualquier precaución, y hasta se negaba a pensar en lo que diría el príncipe, si llegaba a saber que el antiguo administrador recibía al joven en su casa. Aliocha comenzó a visitar la casa diaria-

mente, y los viejos se sentían muy a gusto a su lado. Pasaban juntos veladas enteras, y el joven no se iba a veces hasta pasada la medianoche. Como no podía menos que ocurrir, el príncipe terminó enterándose, y ello dio pie a los más abyectos comentarios. El aristócrata escribió a Nicolás Sergueitch una carta insultante sobre el viejo asunto de siempre, y prohibió a su hijo que fuera a ver a los Ikmeniev.

Ocurrió esto último quince días antes de mi visita, y ello llenaba de aflicción al buen anciano. ¡Mezclar de nuevo a su Natacha, tan buena e inocente, en aquellos repugnantes infundios! Ver su apellido escarnecido por aquel hombre que le acusara despiadadamente... ¿Cómo iba él a consentirlo, sin exigir una reparación? Tan grande fue su tristeza y pesadumbre, que tuvo que guardar cama varios días.

Me enteré de lo que sucedía, y sintiéndome también enfermo y acongojado, dejé que transcurrieran tres semanas sin ir a visitarles. Además, yo sabía..., es decir, presentía lo que estaba sucediendo. Observaba que los ancianos eran presa de una angustia cruel, y tenía miedo de adivinar, de saber, procurando alejar el momento de la fatal revelación. Pero sólo para eso había ido a visitar a los ancianos. Una fuerza irresistible me atraía hacia la casa de los Ikmeniev.

Como si despertara de un sueño, el viejo me preguntó repentinamente:

—¿Cómo es eso, Vania? ¿Estuviste enfermo? ¿Cómo has tardado tanto en venir por aquí? Bueno, yo soy el que tiene que hacerse los reproches. Hace varios días quería ir a verte, pero han pasado algunas cosas...

De nuevo volvió a sumirse en sus profundas cavilaciones.

—Sólo estuve indispuesto —repuse yo.

—Has estado enfermo, ¿lo ves? —dijo al cabo de varios minutos—. Ya te dije que debías cuidarte, y no me has escuchado. Mi querido Vania, como podrás com-

probar, las musas siempre han vivido en un desván, y nadie las echará de allí.

Evidentemente, el anciano no estaba de buen talante, pues sólo podía hablarme de aquel modo si tenía el corazón herido. Le observé con detenimiento y advertí que se hallaba pálido, con una expresión de incertidumbre reflejada en los ojos. No había duda de que se encontraba ante un problema de difícil solución. Sus maneras, cáusticas y ásperas, no concordaban con su afable naturaleza. Ana Andreevna le miraba inquieta y movía la cabeza. En un momento en que él se volvió, la mujer me hizo a hurtadillas un gesto significativo, señalándole.

Yo me decidí a preguntar por Natacha, al fin.

—¿Cómo está Natacha Nicolaevna? ¿Ha salido?

—Está en casa, querido —repuso la madre, algo turbada ante mi pregunta—. Saldrá dentro de un momento, y se alegrará mucho de verte. Aunque parezca extraño, en tres semanas que lleváis sin veros, Natacha ha cambiado; la nota un poco rara. No sé si está sana o enferma. ¡Dios se apiade de ella!

Miró entonces a su marido, con cierto temor.

—Bah, no le pasa absolutamente nada —intervino Nicolás, con tono malhumorado—. Lo que ocurre es que empieza a hacerse mayor. ¡Cualquiera entiende los caprichos de una muchacha de sus años!

—De nuevo vuelves a hablar de caprichos —dijo la madre, visiblemente molesta.

El anciano prefirió callarse, y se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa. «¿Será posible que haya ocurrido algo entre ellos?», pensé acongojado.

—Y bien, ¿qué cuentas de nuevo? —preguntó poco después Ikmeniev—. ¿Continúa B... dedicándose a la crítica, como de costumbre?

—En efecto —repuse.

—Ah, Vania —dijo el anciano, haciendo un gesto de indiferencia—, ¿para qué valdrá tanta crítica?

En ese momento abrióse la puerta y entró Natacha.

CAPÍTULO VII

Traía en la mano el sombrero, que dejó encima del piano. Después se dirigió hacia mí, y sin decirme nada me tendió la diestra. Sus labios musitaron algo a modo de saludo, pero no alcancé a escuchar nada.

En las tres semanas que llevábamos sin vernos, había experimentado un gran cambio. Lleno de pena contemplé su rostro descarnado y pálido, los labios resecos por la fiebre, los ojos que bajo las sombrías pestañas miraban ardorosamente, con indómita resolución.

Y no obstante, ¡qué hermosa estaba, Señor! Nunca, ni antes ni después, volví a verla tan bella como en aquellas horas aciagas. Me pregunté si sería la misma Natacha que apenas un año antes, sin apartar los ojos de mí, repetía la lectura de mi novela, y se reía y bromecaba sin la menor preocupación, durante la cena. ¿Era la misma Natacha que en esa estancia bajó la cabeza ante mi pregunta, y con las mejillas encendidas me había contestado... «Sí....?»

En ese momento dejóse oír el sonido profundo de una campana que tocaba a vísperas, y vi que Natacha se estremecía. La madre se santiguó.

— ¿No pensabas ir a vísperas, Natacha? — preguntó Ana Andreievna —. Anda, pues, hija mía, y reza. Te vendrá bien dar un paseo, aunque la iglesia esté cerca. Siempre estás encerrada y por eso te pones pálida. Se diría que te han echado un sortilegio.

— Creo... que no voy a ir hoy — repuso Natacha, con

voz débil, palideciendo aún más —. No me siento nada bien.

— ¿Por qué no vas? Tenías intención de hacerlo, hace un momento. Hasta cogiste el sombrero para salir. Anda, ve a rezar, hija mía, para que Dios te devuelva la salud.

Ikmeniev, confirmando las palabras de su mujer, declaró al tiempo que miraba inquieto a su hija:

— Eso es, será mejor que salgas un poco a tomar el aire. Tu madre tiene razón. Vania puede acompañarte.

Aún me parece ver la fugaz y amarga sonrisa que asloró en los labios de Natacha. Acercóse al piano, cogió el sombrero y con manos temblorosas se lo puso. Daba la sensación de un autómata; era como si no tuviera conciencia de lo que hacía. Los dos ancianos la seguían atentamente con la mirada.

Después, con voz apenas audible se despidió:

— Adiós — dijo.

— ¿Adiós? ¿Cómo dices eso, querida? — preguntó la madre —. Sólo vas a tomar un poco de aire ahí cerca; mira qué pálida estás... ¡Señor, ya se me olvidaba! Te he terminado el escapulario, y dentro he colocado una oración, hija mía. Me la enseñó un monje de Kiev, y es muy eficaz. Póntelo, mi niña. Tal vez nuestro Señor te devuelva la salud. Sólo tú nos quedas en este mundo, Natacha.

La anciana sacó del costurero la pequeña cruz de oro que Natacha solía ponerse al cuello, y de cuya cinta colgaba el escapulario recién terminado.

— No dejes de llevarla contigo para que Dios te dé salud — agregó Ana Andreievna, al tiempo que le pasaba la cinta en torno al cuello y hacia la señal de la cruz —. Antes te bendecía así todas las noches, cuando te acostabas. En el momento de dormirte, decía yo una oración y tú la repetías. Pero ahora no eres la misma, y Dios no te concede tranquilidad de espíritu. No, Natacha, ya no te sirven de alivio las plegarias de tu madre.

La pobre anciana echóse entonces a llorar. Natacha

le besó una mano en silencio, y avanzó hacia la puerta. De pronto volvió sobre sus pasos y se acercó a su padre temblando de emoción.

— Bendiceme tú también, papá — manifestó con voz ahogada, cayendo de rodillas a sus pies.

Aquella forma de actuar, tan solemne como inesperada, nos dejó sorprendidos y turbados. El padre la miró atónito unos instantes.

— ¿Qué te ocurre, Natacha mía? Mi querida hija, mi pequeña, ¿qué te sucede? — preguntó él mientras las lágrimas le velaban los ojos. — ¿Por qué te atormentas día y noche? ¿Piensas que no me he dado cuenta? ¿Crees que voy a dormir, cuando sé que estás en vela? Vamos, cuéntamelo todo, mi Natacha. Confía las penas a tu viejo padre, y...

No pudo terminar. Cogió a la joven entre sus brazos y la estrechó con fuerza. Natacha apretóse contra él y apoyó la cabeza en su hombro.

— No me pasa nada; sólo que no me encuentro del todo bien — repuso Natacha, entre sollozos a duras penas contenidos.

— Quiera Dios bendecirte como yo lo hago, hija de mi corazón — manifestó Ikmenev. — Que te proporcione tranquilidad de espíritu y te libre del mal. Pide a Dios, Natacha mía, que mis pobres ruegos de pecador lleguen hasta Él.

Intervino entonces la anciana madre, y bañada en lágrimas agregó:

— También yo te bendigo, hija mía.

— Adiós — repitió Natacha, con un débil susurro.

Una vez en el umbral se detuvo, dirigió una última mirada a sus padres, como si fuera a decirles algo, pero no se sintió con energías y salió de la estancia con rapidez. Teniendo alguna desgracia, me fui tras ella.

CAPÍTULO VIII

La joven caminaba embebida en sus pensamientos, con la cabeza gacha, sin mirarme. Cuando nos encontramos al final de la calle, en el muelle del Neva, volvióse hacia mí y me cogió por un brazo.

— Me ahogo — jadeó a media voz. — Me ahogo...

— Volvamos a casa, Natacha — repuse espantado.

— ¿Acaso no comprendes, Vania, que me he marchado para siempre, que he abandonado a mis padres y que no volveré jamás a su lado? — declaró angustiada.

Creí que el corazón me había dejado de latir. Era cierto que todo esto lo había presentido cuando iba de visita a casa de los Ikmenev; lo tuve presente en mi imaginación como una especie de neblina, mucho tiempo antes. Pero ahora sus palabras cayeron sobre mí como un rayo. Seguimos andando por el muelle como si fuéramos autómatas. Me sentía incapaz de hablar y hasta el pensar me producía mareos. ¡Todo aquello era monstruoso, imposible!

— Tú me consideras culpable, ¿no es cierto, Vania? — dijo ella, por fin.

— No puedo creerlo, es absurdo — repuse, casi sin saber lo que decía.

— Pues es verdad, Vania. Los he dejado para siempre; no sé qué será de ellos, ni lo que será de mí misma.

— ¿Vas a marcharte con él, Natacha? — pregunté.

— Así es — me contestó.

— ¡No puede ser verdad! — exclamé. — Sabes bien

que no puedes hacer eso, Natacha. Matarías a tus padres, y tú misma te perderías. ¿No lo comprendes?

—Sí, te entiendo, pero ¿qué puedo yo hacer? No quiero hacerles daño, pero he perdido la libertad.

En sus palabras se advertía la desesperación del condenado que llevan al suplicio.

—Aún es tiempo de que vuelvas, Natacha —rogué encarecidamente, aunque reconocía que mis súplicas casi resultaban ridículas—. ¿No te das cuenta del daño que haces a tu padre, obrando de este modo? El padre de él es enemigo del tuyo, le ha llamado ladrón y tienen un juicio pendiente, los dos. Además, bien lo sabes, Natacha, tú sabes que el príncipe asegura que fueron tus padres quien indujeron a Aliocha a tener relaciones íntimas contigo, la primera vez que fue al campo, a vuestra casa. Recuerda lo mucho que tu padre ha sufrido a causa de semejante calumnia. Sus cabellos han encanecido del todo, y no necesito decirte lo que van a sufrir ambos al verte perdida para siempre. Tú eres su tesoro, el único consuelo que les queda en su ancianidad. Y no puedes ignorar que tu padre te cree injustamente calumniada, objeto de ofensas por parte de gentes altivas. Los viejos rencores han vuelto a recrudecerse cuando se ha sabido que recibíais de nuevo a Aliocha en vuestra casa. Se han cambiado insultos otra vez entre tu padre y el suyo... Y ahora, de repente, todas esas murmuraciones resultará que son ciertas. Todos los que están enterados del asunto darán la razón al príncipe, y os acusarán a tu padre y a ti. ¿Qué será de él? No lo podrá resistir, morirá deshonrado, lleno de vergüenza. Y la causante será su querida hija. Tampoco tu madre podrá sobrevivir a su marido. Regresa, Natacha. ¡Vuelve conmigo!

Ella no respondió. En sus ojos se advertía un dolor tan profundo, que olvidé todo lo que le estaba diciendo y sólo me di cuenta del sufrimiento que atenazaba su corazón. Me dije que para tomar aquella decisión tuvo

que sentirse torturada, desgarrada interiormente, y que mis consejos eran inútiles y tardios. A pesar de todo, no pude evitarlo y proseguí diciendo:

—Hace poco dijiste a tu madre que no pensabas ir a la iglesia. Quiere decir que no estabas totalmente decidida, ¿no es verdad?

Por toda respuesta me dirigió una triste sonrisa. ¿Para qué le hacía esa pregunta? Bien se veía que su decisión era irrevocable. Loco de angustia insistí:

—¿Hasta ese punto le amas?

—¿Qué puedo contestarte, Vania? Tú mismo lo estás viendo. El me ha pedido que venga, y aquí estoy, aguardándole.

—Al menos escúchame, por favor —dije, haciendo la última tentativa—. Aún se puede arreglar esto. No hay necesidad de que te marches de tu hogar. Yo me encargaré de arreglarlo todo, te traeré sus cartas y le llevaré las tuyas, acordaré las entrevistas, sí, ¿por qué no? Cualquier cosa es mejor que dar el paso que estás a punto de avanzar. Lo solucionaré de la mejor forma posible para que seáis felices, ya lo verás. Y de ese modo te salvarás de la perdición a la que ahora te encaminas, querida Natacha. Porque así podrás salvarte. Haz lo que te digo, y todo saldrá perfectamente. Seréis felices, y podréis amaros cuanto queráis... El día en que terminen las desavenencias entre vuestros padres, pues algún día acabarán, estoy seguro de ello, entonces...

—Basta, Vania, no sigas hablando —me interrumpió ella, al tiempo que me apretaba con fuerza una mano y me sonreía tristemente a través de sus lágrimas—. ¡Mi querido y honrado Vania! Ni siquiera has hablado de ti mismo. Te he abandonado y todo me lo perdonas; incluso quieres entregar nuestras cartas. Sólo te importa mi felicidad.

Echóse a llorar, y continuó diciendo:

—Bien sé lo que me has querido, y lo que aún me sigues amando. A pesar de ello, no me has hecho un solo

reproche, no me has dirigido una palabra amarga. Yo, en cambio, ¡qué mala soy para ti! ¿Recuerdas, Vania, las horas que hemos pasado juntos? ¡Con lo feliz que pude ser a tu lado, mi querido Vania... Pero no, no te merezco. Y ahora, ¿por qué te recuerdo nuestra felicidad pasada? ¿Qué razón tengo para despertar en ti estos recuerdos? Tres semanas han pasado sin vernos, Vania, y puedo jurar que ni una sola vez pensé que me hubieras maldecido, o que me odiases. Sabía bien la razón de tu alejamiento: no querías ser un obstáculo para nosotros, preferías no hacerme un solo reproche. ¡Qué penoso debía de ser para ti vernos! Y a pesar de todo, Vania, ¡cómo te he echado de menos! Sí, es cierto que me empuja a los brazos de Aliocha un amor insensato, y sin embargo creo que te quiero más a ti como amigo. Estoy segura de que no podré vivir sin ti. Te necesito, no puedo prescindir de tu corazón de oro... ¡Qué terribles días nos aguardan!

Tenía los ojos anegados en lágrimas; en seguida agregó:

— ¡Cuántos deseos tenía de verte! Estás muy pálido y delgado; ¿te encuentras enfermo, Vania? Y yo, sin preocuparme, recién caigo en la cuenta de que sólo hablo de mí. ¿Qué haces ahora? ¿Vas muy adelantado con tu nueva novela?

— ¡Olvidemos mis novelas, Natacha! ¿Qué puedo importarte yo, ni mi pobre trabajo? Mis cosas siguen adelante, pero volvamos a lo tuyo. ¿Te ha pedido Aliocha que buyas de tu casa?

— No; más que cosa suya ha sido mía. Mira, Vania, voy a contártelo todo. El padre de Aliocha le ha encontrado una joven de familia rica y distinguida, emparentada con la mejor sociedad, y quiere casarle con ella. Bien sabes cómo es de intriga el príncipe, y está decidido a llevar adelante sus planes, pues tiene la seguridad de que no volverá a encontrar una ocasión semejante. La joven es hermosa, culta y buena como

un ángel; incluso Aliocha se ha prendado de ella. A su vez, su padre quiere deshacerse de él lo antes posible, para poder casarse. Por eso trata de romper nuestras relaciones. Teme la influencia que ejerzo sobre su hijo.

— ¿Sabe algo el príncipe acerca de vuestro amor? ¿Tiene sospechas?

— Está enterado de todo.

— ¿Cómo pudo saberlo?

— El propio Aliocha se lo contó.

— ¡Santo cielo, es inaudito! ¡Contárselo él mismo, y en semejantes circunstancias...!

— No, no se lo reclamé, Vania —dijo Natacha—, no podemos juzgarle como a los demás; es como un chiquillo, y ha recibido una educación muy distinta a la tuya y la mía. ¿Crees que se da cuenta de lo que hace? La primera influencia que llega hasta él, basta para hacerle olvidar lo que ha prometido minutos antes. Está desprovisto de carácter. Sería capaz de jurarte una cosa, y horas después, con la misma buena fe, te juraría todo lo contrario. Y el primero en descubrirlo sería él mismo. Puedes creerme que si Aliocha cometiera una acción verdaderamente reprobable, no sabría si castigarle o compadecerle. Es capaz de la mayor abnegación, pero sólo hasta que una nueva impresión influya en él. Sé que me olvidaría, si no estuviera siempre a su lado. Así es Aliocha.

— Mira, Natacha, tal vez lo de la boda no sean más que falsos rumores. ¿Cómo van a casarle, si es tan chiquillo?

— Ya te dije que su padre ha planeado su porvenir con todo detalle.

— ¿Cómo has averiguado que su novia es tan hermosa, y que le gusta tanto?

— El mismo me lo dijo.

— ¿Es posible? ¿Entonces, te dice que es capaz de amar a otra mujer, y a pesar de eso exige de ti un sacrificio como el que ahora te dispones a realizar?

— No, Vania, no alcanzas a comprenderle. Le has tratado demasiado superficialmente, y para juzgarle se necesita conocerle más a fondo. En todo el mundo no hay corazón más recto y puro que el suyo. Es la verdad, y no voy a decir una cosa por otra. Pero no me extraña que se haya dejado seducir, pues sé que si estuviéramos una semana sin vernos, se olvidaría de mí para enamorarse de otra. Y en cuanto nos encontrásemos de nuevo, caería otra vez rendido a mis pies. Por fortuna, no me oculta nada, pues de otro modo los celos me matarían. He terminado por decidirme: si no me tiene siempre a su lado, dejará de amarme, me olvidará y me abandonará. Así es él, cualquier otra mujer se lo puede llevar. ¿Qué podría yo hacer entonces? Me moriría. Pero eso sería lo de menos, pues consideraría la muerte como una liberación, ya que me resulta imposible vivir sin él. Esto último sería más cruel que todas las torturas. ¡Ah, Vania! ¡Debes comprender hasta qué extremos llega mi amor por él, para que haya abandonado así a mis padres. No intentes convencerme con sermones edificantes; todo está decidido. Necesito estar siempre a su lado, a todas horas, en todo momento. Ya no puedo volver atrás. Me doy cuenta de que voy a perderme, y de que hiero a otros... ¡Vania! — exclamó repentinamente, temblando como una azogada —, ¿y si fuera verdad que él no me ama? ¿Y si es cierto lo que acabas de decir, de que tal vez me engaño, que sólo es honesto y sincero en apariencia, cuando en el fondo puede ser malo y vanidoso...? ¡Pensar que le desiendo ante ti, en el preciso momento en que tal vez se encuentra con otra, riéndose de mi candidez, cuando he dejado todo por él y voy en su busca por las calles...! ¡Oh, Vania!

Tan dolorosos eran sus lamentos, que me sentí aterrado. Me di cuenta de que Natacha había perdido el dominio de sí misma. Los celos más desatinados y ciegos eran lo que la impulsaban a tomar una determinación tan descabellada. Y esos mismos celos hicieron

también presa en mí. Sin poder contenerme, me dejé llevar por los más perversos sentimientos y dije:

— Natacha, no alcanzo a comprender que puedas amarle después de lo que tú misma me has contado de él. En realidad no le amas, ya que no crees en su amor. Y a pesar de todo, vas a buscarle, sin vacilar, y nos pierdes a todos por él. ¿Cómo puedes hacer eso? ¿No ves que ante vosotros se presenta una vida llena de sinsabores? ¡No sabes lo que haces, Natacha! ¡No es posible comprender un amor como ése!

— Le amo con locura, en efecto — contestó palideciendo, llena de congoja —. Jamás te quise a ti de esa forma. Sé muy bien que he perdido la cabeza, y que mi amor no es razonable, ni puro siquiera. Todo eso lo sé desde hace mucho tiempo, y hasta debo confesarte que en los momentos más felices que pasé a su lado, me di cuenta de que probablemente sólo me causaría sinsabores y tormentos. ¿Pero qué podría yo hacer, cuando hasta las penas que él me causa son para mí motivo de felicidad? Sé muy bien lo que me espera a su lado, lo mucho que me hará sufrir. Me ha jurado amor eterno, me prometió mil cosas, y a pesar de ello no creo en sus promesas; no puedo creerlas, aun cuando estoy convencida de que no miente, de que no sería capaz de engañarme. Yo misma le he dicho que no quiero atarle. A nadie le gusta estar sujeto. Pero soy feliz siendo su esclava, siéndolo por mi propia voluntad. Todo lo aceptaré de buen grado a cambio de tenerle a mi lado, con tal de poderle ver de vez en cuando. Creo que hasta llegaría a consentirle que amase a otra, si eso ocurriera con tal de tenerle cerca de mí, para sentir a Aliocha a mi lado. Seguramente esto te parece una bajeza, ¿verdad? — exclamó de improviso, mirándome con ojos fulgurantes, en los que se reflejaba el desvarío —. Ya lo ves, yo misma te digo que es una bajeza, y si él me abandonase le seguiría hasta el fin del mundo, aunque supiera que me iba a rechazar, a echarme como

a un perro de su lado. Me pides que vuelva a mi casa. ¿Qué pasaría entonces? Al día siguiente, si me lo pedía él, me iría de nuevo. Sólo tendría que llamarle, que silbarme como a un perro, para que corriese a su encuentro .. No me asustan las penas que me cause él. Sé que podré soportarlas, si vienen de Aliocha... Pero, Vania, qué vergonzoso resulta decirte todo esto...

En ese momento pensé en sus padres, y me pregunté si Natacha los habría olvidado por completo.

— ¿Quieres decir que no va a casarse contigo, Natacha? — pregunté.

— Sí, me ha prometido que se casaría. Por eso me ha llamado esta vez, para casarnos mañana mismo en secreto, en el campo. Pero creo que no sabe lo que hace. Tal vez hasta ignora cómo se casa un hombre. En verdad, la situación es absurda. Si nos casamos, él después me lo echará en cara, y se sentirá desgraciado. Pero yo no quiero que tenga un solo motivo para hacerme reproches. Deseo dárselo todo sin exigirle nada a cambio. Prefiero no casarme con él, si voy a hacerle desgraciado.

— Eso no son más que tristes fantasías — observé —. Y dime, ¿vas a buscarle a su casa?

— Prometió venir a reunirse conmigo. En eso quedamos.

Entonces miró con impaciencia a lo lejos, pero no se veía a nadie.

Lleno de indignación, manifesté:

— Él no ha llegado todavía. ¡Eres la primera que acude a la cita!

Advertí que se estremecía, y que por su rostro cruzaba una sombra de dolor.

— Es posible que no venga — declaró con amargura —. Anteayer me escribió diciendo que si no le prometía acudir a la cita, se vería obligado a dejar nuestra boda para otro momento, y que su padre le llevaría con esa señorita. Lo expuso con toda naturalidad, como si le

diera lo mismo una cosa que otra. ¿Y si hubiera ido a verla a ella, Vania?

No respondí. Me cogió una mano y apretó con fuerza, mientras sus ojos fulguraban.

— Sí, está con ella — musitó con voz apenas audible —. Esperaba que yo no viniese para marcharse en seguida a su casa, y poder decir así que yo no había acudido a la cita. Le molesto y me ha abandonado. ¡Dios mío, qué insensata soy! Ya me dijo la última vez que estuvimos juntos que le aburría. ¿Qué espero, entonces?

— ¡Ahí está! — exclamé yo, cuando le divisé a lo lejos avanzando por el muelle.

Natacha se estremeció al ver a Aliocha. Lanzó un grito, y soltando mi mano echó a correr hacia él.

La calle estaba casi desierta. Ambos se abrazaron estrechamente, y Natacha reía y lloraba a un tiempo, como si le encontrase después de una larga separación. Sus mejillas, tan pálidas un momento antes, se habían teñido de rojo. Estaba como trastornada.

Aliocha me vio en ese momento y se acercó a mí.

CAPÍTULO IX

Le observé intensamente, aunque ya nos habíamos visto en muchas otras ocasiones. Busqué entonces su mirada y traté de hallar en ella la solución a mi incertidumbre, la explicación de que un muchacho como él hubiera podido hechizar a Natacha, despertar en ella un amor tan descabellado que hasta la había impulsado a sacrificar lo que consideraba más sagrado en esta vida. Él me estrechó las manos con fuerza; su afable y serena mirada llegó hasta el fondo de mi alma, y creí entrever que tal vez estaba equivocado acerca de él, y sólo me había dejado llevar por el hecho de que era mi rival.

Ciertamente, no sentía ningún afecto por Aliocha, y en eso constituía yo, tal vez, una excepción entre todos los que le conocían. Había en él bastantes cosas que me disgustaban; por ejemplo, su elegancia, que juzgaba algo exagerada. Más tarde debí reconocer que me había dejado llevar por los prejuicios.

El joven Aliocha era alto, esbelto y bien proporcional. Su rostro ovalado tenía una palidez casi constante. El pelo era rubio, y sus ojos azules, grandes y soñadores, brillaban a veces con la alegría más inocente e infantil. Los labios rojos y bien formados, presentaban generalmente un rictus de seriedad que hacía más sorprendente y atractiva su sonrisa, una sonrisa ingenua y espontánea que obligaba a sonreír del mismo modo al que hablaba con él, por mal predisposto que estuviera.

Era elegante por naturaleza, y en su forma de actuar había una distinción natural. Aunque también es verdad que dejaba traslucir algunos hábitos que parecía dictarle el buen tono: frivolidad, altivez y cierta cortés insolencia.

Mas, predominando en él la ingenuidad, era el primero en reconocer sus errores y confesarlos riendo. Tengo la plena seguridad de que aquel niño grande no era capaz de mentir, ni aun en broma, y que de hacerlo, no se daba cuenta de ello. Hasta su egoísmo no repelía debido a que no se esforzaba por disimularlo, pues éste era un defecto que no conocía. Débil, confiado y tímido, carecía del menor vestigio de voluntad. Mentirle, engañarle, habría sido igual de cruel que mentir e engañar a un niño. Apenas si sabía nada de la vida, y daba la sensación de que ni a los cuarenta años conocería de ésta mucho más. Ante él tenía uno la sensación de esas personas condenadas a esperar eternamente llegar a su mayoría de edad, y que se hacen querer por sus encantos infantiles.

Comprendí que Natacha no mentía al asegurar que Aliocha era capaz de cometer una mala acción, dominado por una influencia fuerte y perniciosa. Pero luego, también, al darse cuenta de lo que había hecho, sin duda se moriría de pesar. Natacha presentía que podía dominarle, que el joven sería su víctima, y saboreaba de antemano la delicia de amar con locura y de torturar al ser amado precisamente por el amor que le profesaba. Quizá por ello Natacha se apresuraba a sacrificarse la primera. Su mirada le acariciaba llena de arrobo, y él, a su vez, contemplaba con éxtasis a la muchacha que por su amor lo había dejado todo: familia, amistades, conveniencias sociales... Era feliz.

— He sido injusta con él, Vania; no le merezco. Olvidada mis malos pensamientos — dijo Natacha, y dirigiéndose al joven, con mirada llena de amor manifestó —: Creí que ya no venías, Aliocha.

Después de besarle la mano, el aludido se volvió hacia mí y me dijo:

— Mucho tiempo hace que deseaba abrazarle como a un hermano, tanto es lo bueno que ella me ha contado de usted. Apenas nos conocíamos, y mal podíamos comprendernos. Ahora podemos ser buenos amigos... y perdonemos.

Terminó bajando la voz y enrojeciendo ligeramente, pero con sonrisa tan sincera que me sentí obligado a corresponder a su saludo expresivamente.

— Sí, Vania es nuestro amigo — dijo Natacha —, o mejor dicho, es nuestro hermano. Nos ha perdonado, y no podríamos ser felices sin él. ¡Ah, Vania, qué crueles somos!

Natacha hizo una pausa y sus labios se estremecieron. Luego agregó:

— Vuelve a casa con ellos, Vania. Tienes tan buen corazón, que aunque mis padres no me perdonen, su dolor se mitigará un poco al ver que tú me has perdonado. Díselo todo, con las palabras que te dicte tu corazón. Trata de defenderme, expón mis razones, como seguramente las has comprendido. ¡Quién sabe si hubiese rechazado dar este paso, si tú no hubieras venido hoy! Al verte pensé que podrías dar a mis padres la noticia de modo que el golpe les resultara menos violento. ¡Oh, Señor, Señor mío! Hazles saber de mi parte, Vania, que comprendo que no pueden perdonarme, pues tampoco puede perdonarme Dios; diles que aunque me maldigan yo no dejaré de bendecirles siempre y de rogar por ellos con todo mi corazón... Mi alma estará siempre con ellos... ¿Por qué no podríamos ser todos felices, Dios mío? Y yo, ¿qué he hecho? — exclamó de repente, como volviendo en sí.

El joven la rodeó con sus brazos y la oprimió contra su pecho. Durante un largo momento los tres permanecimos en silencio.

— ¿Es posible que haya podido exigirle usted seme-

jante sacrificio? — pregunté a Aliocha, al tiempo que le dirigía una mirada de reproche.

— No me juzgue mal — repuso él —. Estas desgracias no durarán mucho; tengo plena seguridad de ello. Sólo debemos procurar tener serenidad para resistir estas horas aciagas. Ella piensa lo mismo... Ya sabe usted que el motivo de todo es el orgullo familiar, las desaveniencias, ese juicio... Pero puedo jurarle que he reflexionado mucho acerca de esto, y estoy convencido de que todo se arreglará; volveremos a reunirnos, y nuestros padres, al vernos felices, nos perdonarán y olvidarán sus rencillas entre sí. Tal vez nuestra boda sea el punto de partida para la reconciliación. Creo que así ha de ser. ¿Qué le parece a usted?

— Ha hablado de casarse — inquirí, mirando brevemente a Natacha —. ¿Cuándo piensa usted hacerlo, Aliocha?

— Mañana, o a más tardar pasado. No lo sé con seguridad, pues no había hecho ningún trámite. Por otra parte, ignoraba si Natacha vendría hoy, y por si fuera poco, mi padre quiere llevarme esta noche a casa de mi prometida. Seguramente le habrá contado Natacha que quieren hacerme casar con otra. Pero yo me niego... El caso es que no he podido tomar una determinación concreta... Sin embargo, seguramente nos casaremos pasado mañana. Al menos, así lo creo, o mejor dicho, así debe ser. Un antiguo compañero mío de instituto reside en un pueblo del camino, a corta distancia de aquí, y es una excelente persona. Ya se lo presentaré en cuanto tengamos una oportunidad. En esa aldea tiene que haber un sacerdote, aunque no lo sé con seguridad. Lamento no haber podido escribirle ni siquiera unas líneas. En fin, a lo mejor ese amigo ni siquiera está en casa, en estos momentos. De todos modos, poco importa. Lo esencial es tener decisión. Podemos llamar al sacerdote de una aldea cualquiera, ¿no cree? Hay muchas aldeas por estos alrededores. Natacha, mientras tanto, podrá

quedarse en mi casa. Alquilé un piso donde viviremos en cuanto volvamos. Se hará usted cargo de que no quiero vivir de nuevo con mi padre. Espero que venga usted a vernos; el piso es muy bonito, y también vendrán mis compañeros del instituto. Daremos algunas veladas...

Yo le miraba lleno de asombro, con gesto ansioso. Natacha parecía suplicarme con los ojos que no le juzgara con excesiva severidad. Ella iba siguiendo sus palabras con gesto entristecido, y al mismo tiempo le admiraba como se admira a un niño gracioso cuya charla puede carecer de sentido pero está llena de gracejo. Dirigí a Aliocha una mirada de reproche.

— ¿Cree usted que su padre le perdonará? — inquirí.

— No me cabe la menor duda. ¿Qué remedio le queda? Al principio no querrá saber nada conmigo, estoy seguro. Por otra parte, eso es lógico, tratándose de una persona tan severa. Puede que hasta me denuncie a la justicia, apoyándose en su autoridad de padre. Pero no creo que le dure mucho. Me quiere demasiado, y si al comienzo se enfada, terminará perdonándome. Entonces todos nos reconciliaremos, y viviremos dichosos. Sin exceptuar al padre de Natacha.

— Eso es lo que usted dice; pero, ¿y si su padre no le perdonase? ¿Ha pensado en ello?

— Tengo la seguridad de que me perdonará, aunque deje transcurrir algún tiempo. Voy a demostrarle que poseo más carácter del que él se piensa. Siempre me reprocha eso, que me falta decisión, que soy un atolondrado. Ahora lo verá. Ponerse al frente de una familia no es cosa de juego, y entonces se dará cuenta de que no soy un chiquillo. Bueno, lo que digo es que deseo demostrar que puedo ser como los demás hombres casados. Me mantendré yo solo, de mi trabajo, que es lo que desea Natacha, en lugar de vivir a costa de otros, como veníamos haciendo hasta ahora. Admito que soy bastante voluble, y que no sirvo para nada, no obstante, anteayer tuve una idea asombrosa. Le diré de qué se

trata, pues aunque el momento no es el más adecuado, deseo que Natacha se entere de ello y que usted me aconseje. Esta es mi idea: deseo escribir, como usted, en los periódicos. Espero que me ayude a entenderme con los editores. Cuento con ello. Me pasé la noche ideando una novela, y creo que resultará algo bueno. El tema no es exactamente mío, pues lo he tomado de una comedia de Scribe. En fin, dejemos este asunto para otra ocasión. Otro día se lo explicaré. Lo interesante es que me den dinero por ese trabajo. A usted le pagan bien, ¿verdad?

Sin poder evitarlo, esbocé una sonrisa.

— ¿Le hace gracia, verdad? — repuso él, riéndose por su parte, y luego, con asombrosa inocencia, agregó —: Pues no debe fiarse de las apariencias. Soy un excelente observador, como podrá comprobar usted mismo. Es necesario intentarlo todo; nunca se sabe dónde puede salir algo conveniente. Pero tal vez tengan razón: no sé nada de la vida. Eso es lo que me dice Natacha, y lo que repite todo el mundo. Por consiguiente, mal escritor resultaría yo. Sí, puede reírse, pero al menos, corríjame. Le ruego que lo haga por Natacha, puesto que le tiene gran afecto. En cuanto a mí, sé que no la merezco, y eso me llena de pesar. En verdad, no sé cómo he podido inspirarle un amor tan grande. Lo cierto es que daría mi vida por ella. Jamás tuve miedo a nada, pero ahora le aseguro que me siento atemorizado. ¿Qué será de nosotros? Dios santo, ¿es posible que un hombre que se halla determinado a cumplir con su deber, en el momento más delicado se vea sin la resolución necesaria para hacerlo? Es usted el único amigo verdadero que tenemos, ¡ayúdenos! Debe perdonarme si cuento tanto con usted, pero sé que posee un corazón noble y que vale infinitamente más que yo. Al menos, tenga la certeza de que me enmendaré y me haré digno de Natacha.

Y así diciendo volvió a estrecharme la mano, mientras sus hermosos ojos expresaban los sentimientos más

nobles. Yo me sentí impresionado ante la confianza que trascendía aquel apretón de manos. Aliocha creía sinceramente en mi amistad.

— Verá usted cómo Natacha me ayuda a corregirme, a encauzarme por el buen camino. Y no se preocupe demasiado de nosotros. Tengo plena seguridad de que nos veremos libres de penurias materiales. Si mi novela no tuviera éxito, cosa muy probable, daría lecciones de música. ¿Ignoraba usted que soy un buen músico? Pues lo soy, en efecto, y no me daría vergüenza vivir de mi trabajo. En caso de apuro, hasta puedo vender muchas de mis pertenencias, que no me sirven para nada, y que nos permitirían vivir mucho tiempo sin grandes preocupaciones. Por último, y suponiendo que todo fuese mal, podría ingresar en la Administración. Sé que esto alegraría profundamente a mi padre, quien me ha pedido muchas veces que busque un empleo, y hasta creo que me ha inscrito en algún organismo. Pero yo siempre daba la excusa de que estaba delicado de salud. Cuando vea que la vida de casado me ha sido provechosa, que he sentado la cabeza y que desempeño un servicio útil, entonces sé que se alegrará y me perdonará.

— Escuche, Alejo Petrovich. ¿Ha pensado en lo que ocurrirá entre su padre y el de Natacha? ¿Imagina lo que puede suceder esta noche entre ellos, después de esto? — manifestó mientras señalaba a Natacha, que palideció intensamente ante la cruel realidad de mis preguntas.

— Sé que tiene razón — replicó el joven —. Es algo espantoso. Había pensado en ello, y ya puede comprender la zozobra que he sentido. Sin embargo, ¿qué podría yo hacer? Si me perdonasen los padres de Natacha, al menos... No sabe bien cómo los quiero. Fueron para mí como unos segundos padres, y mire ahora el pago que les doy. ¡Y esas querellas, ese juicio! Tanto como nos queremos, y disputar de esa forma. Sería mejor re-

conciliarnos. Eso debiéramos hacer, y todo habría concluido. Así obraría yo, si de mí dependiera, puede estar seguro. Pero me da miedo lo que ha dicho usted. Natacha, lo que vamos a hacer es espantoso, ya te lo dije antes, pero tú seguías insistiendo. Mire, Iván Petrovich, ¿no le parece que todo podría solucionarse? Sí, es necesario que ocurra así al final. Si es preciso, les reconciliaremos nosotros. Ya verá que no voy mal encaminado. Nuestro amor podrá más que todos los obstáculos. Aunque nos repudiaran, seguiremos queriéndolos, y ellos se rendirán al fin. No sabe usted bien lo buena persona que es mi padre, en ocasiones. Ciento que tiene un carácter algo especial, pero en determinados momentos es muy razonable. Tenía que haber oído la dulzura con que me aconsejaba esta mañana, y cómo se esforzaba por disuadírmelo. Ahora, ya lo ve, voy contra su voluntad. Y todo por culpa de unos prejuicios absurdos. Es una pena. Bastaría con que mi padre estuviera con Natacha media hora, para que aprobara todos nuestros propósitos.

Así diciendo, Aliocha dirigió a la joven una mirada llena de amor y ternura.

— Infinitas veces ha pasado por mi mente — siguió diciendo — que mi padre no sabría resistirse y la querría desde el mismo instante en que la conociera. Y eso es lo justo, pues Natacha asombra a todos. Es muy raro encontrar una joven como ella. Los prejuicios de mi padre la señalan como una intrigante, pero yo tengo la ineludible obligación de rehabilitar su honor. No dejaré de hacerlo. ¡Ah, Natacha! — agregó, lleno de vehemencia —, todos te quieren, todos. ¿Quién sería capaz de no amarte? Por otra parte, no es mucho lo que necesitamos para ser felices. Tengo la impresión de que esta noche nos traerá a todos la felicidad, la paz y la amistad. ¡Alabada sea esta noche! ¿No estás de acuerdo conmigo, Natacha? Pero, ¡cielo santo!, ¿qué tienes?

La muchacha se hallaba profundamente pálida. Mien-

tras Aliocha hablaba, ella tenía clavada su mirada en él, pero en su rostro se iba reflejando una turbación creciente, una expresión sombría. Por un momento me pareció que se había sumido en una especie de sopor y que no escuchaba las palabras del joven príncipe, pero las últimas exclamaciones de Aliocha la arrancaron de pronto de su singular adormecimiento.

Natacha pareció recuperarse, miró a su alrededor y se arrojó en mis brazos. Luego sacó del bolsillo una carta que me entregó. La misiva iba dirigida a sus padres y llevaba la fecha del día anterior. Al entregármela me miró fijamente, con expresión de tremenda desesperación. Nunca podré olvidar aquella espantosa mirada. Me di cuenta entonces de que Natacha no había comprendido realmente el horror de su conducta, hasta ese momento. Quiso decirme algo, pero le faltaron las fuerzas, se desvaneció, y no pude hacer otra cosa que sostenerla en mis brazos. Pálido de espanto, Aliocha le acarició las sienes y le besó las manos.

Al cabo de un momento Natacha recobró el conocimiento. Algo más allá se encontraba detenido el coche de alquiler que había llevado hasta allí al joven; éste hizo una señal al cochero, para que se acercara con el vehículo. Una vez que entró en su interior, Natacha me cogió las manos y las humedeció con sus apasionadas lágrimas. El coche partió dando tumbos, y yo seguí aún bastante tiempo en el mismo lugar. Comprendía que mi felicidad acababa de precipitarse en un profundo abismo. Mi vida estaba deshecha.

Regresé lentamente a casa de los ancianos padres de Natacha, por el mismo camino que recorriéramos los dos poco antes. Mis pensamientos eran confusos, al tratar de pensar en lo que debía decirles. Mis piernas se movían con lentitud y torpeza.

He aquí expuesto el relato de mi desdicha. ¡De este modo concluyó mi primer amor! Pero, prosigamos ahora con la interrumpida narración.

CAPÍTULO X

Cuando habían transcurrido cinco días desde la muerte de Smith, fui a instalarme en su piso. Aquella resultó para mí una jornada de abrumadora tristeza. El cielo estaba cubierto de densas nubes, caía una helada lluvia y hacía un frío desapacible. Mediada la tarde, el sol hizo una aparición fugaz, y un tenue rayo entró por la ventana de la estancia, como si sintiera curiosidad.

Comenzaba a arrepentirme de haberme trasladado allí, pues la habitación, aunque bastante amplia, tenía el techo bajo, olía a humo y a falta de ventilación, y se hallaba tan tristemente vacía, a pesar de haber llevado allí mis propios muebles, que era imposible evitar una sensación de pesimismo. Tuve la certeza que allí perdería la poca salud que aún me quedaba, y así ocurrió, en efecto.

Durante toda la mañana estuve intentando ordenar mis papeles. A falta de cartera, los había trasladado de cualquier modo en una funda de almohada. Luego hice lo posible por escribir, pero la pluma se escapaba de mis dedos. Me hallaba dedicado entonces a mi gran novela, pero otros pensamientos me absorbían.

Deposité a un lado la pluma y me acerqué a la ventana, sentándome junto a ella. Caía el crepúsculo y me sentía cada vez más triste y pesimista. Me daba la sensación de que la enorme ciudad acabaría por destrazarme. A decir verdad, siempre pensé que iba a morir en San Petersburgo.

Estaba ya cerca la primavera, y me dije que volvería a la vida cuando saliera de aquel antro y respirase al aire libre, embebiéndome en la fragancia de los bosques y los prados, a los que no veía desde hacía tanto tiempo.

Me vino a la cabeza la idea de que me haría mucho bien olvidar por completo, como bajo los efectos de un hechizo o un milagro, todo cuanto me había ocurrido en los últimos años de mi existencia. Quería olvidarme de todo, refrescar mi espíritu y comenzar a vivir con nuevas fuerzas. Ese era mi encarecido sueño: sufrir una especie de resurrección.

Llegué a pensar en ir a un manicomio para que de un modo u otro dejase limpio mi cerebro de los tristes pensamientos que me abrumaban. Tenía sed de vivir, y creía en la vida. Al insistir en la peregrina idea del manicomio, lancé una carcajada y me dije: «¿Qué puedo hacer cuando salga del manicomio, escribir novelas otra vez?»

Esos eran mis pensamientos, y así sufría yo mientras iba transcurriendo el tiempo. Caía la noche, en ese momento. Había prometido a Natacha ir a buscarla hacia esa hora, pues el día anterior me envió una nota pidiéndome que fuese a verla. Por consiguiente, me preparé para salir, no sólo con objeto de cumplir con ella, sino para abandonar aquella habitación en la que tan a disgusto me hallaba.

Conforme iba aumentando la oscuridad, tenía yo la impresión de que la estancia parecía cada vez más amplia, como si se dilatara. Quizá vería allí por las noches a Smith, sentado en algún rincón, mirándome fijamente, como había mirado a Adán Ivanitch en la confitería, mientras Azor reposaba a sus pies.

Y justamente en ese momento me sucedió algo que me dejó sumamente impresionado. Debo confesar que todo pudo deberse a la tensión nerviosa en que me hallaba, a las sensaciones que se experimentan en una nueva vivienda, a las incontables desdichas que me

abrumaban. Desde que llegaba el anochecer comenzaba a apoderarse de mí, en los últimos tiempos, un estado de ánimo que es el mismo en que suelo hallarme por las noches, ahora que estoy enfermo, y al que he dado el nombre de «terror místico». Se trata de un pavor angustioso, lacerante, ante algún peligro que no puedo definir, por una amenaza irreal, pero que en ese momento se me presenta como un hecho innegable, tremendo, implacable, monstruoso. Por lo común, ese temor va aumentando, y derriba las barreras de la lógica llegando a tal extremo que aunque mi mente posee en esos instantes mayor agudeza, se ve impotente para rechazar tales pensamientos. Y esa sensación se suma al dolor angustioso de aguardar lo inesperado. Es algo parecido al miedo de morir, pero mi tormento está agudizado por lo inconcreto de mis aprensiones.

Me encontraba yo de pie ante la mesa, de espaldas a la puerta y disponiéndome a coger el sombrero, cuando se apoderó de mí la idea de que vería infaliblemente a Smith. El viejo abriría despacio la puerta, y deteniéndose en el umbral echaría un vistazo por la habitación. Luego entraría en el cuarto y avanzaría silencioso, con la cabeza gacha. Al llegar frente a mí, me observaría fijamente con sus ojos turbios, y luego lanzaría una larga carcajada con su risa silenciosa, desdentada, que le agitaría el cuerpo durante largo rato.

La alucinación tomó forma súbitamente en mi cerebro con una claridad y precisión asombrosas, a la vez que se apoderaba de mí la absoluta convicción de que aquello ocurriría de modo inexorable, o más bien, de que ya había sucedido, aunque yo no podía comprobarlo por hallarme de espaldas a la puerta.

Sin aguardar más, me volví repentinamente. Vi que, en efecto, la puerta comenzaba a abrirse despacio, en silencio, como lo había imaginado un instante antes. No pude evitarlo y lancé un grito. Pasaron unos segundos y no vi a nadie, como si la puerta se hubiera abierto sola.

Luego apareció en el umbral una criatura extraña, cuyos ojos me miraban fijos e insistentes desde la oscuridad. Un largo escalofrío me recorrió el cuerpo. Reconocí lleno de espanto que se trataba de una chiquilla, una niña. El mismo Smith seguramente no me hubiese asustado tanto como aquella inesperada aparición, aquella niña desconocida que entraba en mi cuarto a esas horas, en tales circunstancias.

Como ya he dicho, abrió la puerta lentamente, con movimientos débiles. Avanzó un par de pasos y se detuvo, mirándome llena de asombro. Por fin se adelantó hacia donde yo estaba y se detuvo justamente delante de mí, todo ello sin decir una sola palabra. Pude verla entonces detenidamente. Se trataba de una niña de doce o trece años, pálida y menuda como si hubiese salido recientemente de una grave enfermedad, de la que aún le quedaba el brillo de la fiebre en sus ojos grandes y negros. Con la mano izquierda sujetaba un pañolón raído que le resguardaba el pecho del frío de la calle, lo que no impedía que temblase perceptiblemente. Iba vestida de harapos, y sus negros cabellos le caían desordenados y lacios.

Nos observamos fijamente durante un par de minutos. Después, con voz ronca, como si le dolieran el pecho o la garganta, la niña preguntó:

— ¿Dónde está mi abuelo?

El «terror místico» que me había sobrecogido, se desvaneció de repente. La niña preguntaba por Smith, descubriendome inesperadamente su pista.

— ¿Tu abuelo? ¡El viejo ha muerto! — repuse con brusquedad causada por lo inesperado de la pregunta, y de lo que me arrepentiría en seguida.

La pequeña quedóse inmóvil un buen rato, y luego empezó a temblar con tal violencia que temí verla caer al suelo, presa de un ataque de nervios. Me apresuré a sostenerla, y al cabo de un rato se encontró mejor, aun

cuando noté claramente que hacía tremendo esfuerzos para dominar su emoción.

— ¡Perdón! ¡Perdóname, hijita! — exclamé —. No debí darte la noticia tan bruscamente. Pero veamos, quizás no sea tu abuelo el que murió. ¿Buscabas acaso al viejo que vivía aquí?

— Sí — contestó ella, mirándome angustiada.

— ¿Se llamaba Smith?

— Sí...

— Entonces debes tener resignación; es él, en efecto, quien ha muerto... Pero no llores. ¿Cómo no has venido antes? ¿Dónde te encontrabas? Murió de repente y le enterraron ayer. De modo que eres su nieta, ¿verdad?

La chiquilla no replicó a mis preguntas rápidas y atolondradas. Volvióse sin decir palabra y salió de la habitación. Me sentía tan asombrado que no pensé en retenerla. Una vez en el umbral se detuvo, y, vuelta a medias hacia mí, volvió a inquirir:

— ¿También ha muerto Azor?

— Sí, también.

Esta otra pregunta no me sorprendió menos que la primera, sobre todo por la naturalidad que parecía emanar de ella. La criatura parecía estar convencida de que Azor tenía que morir al mismo tiempo que el anciano. Por fin salió de la habitación, y cerró la puerta tras sí, con todo cuidado.

Al momento corrí en su persecución, irritado conmigo mismo por haberla dejado marchar de aquella forma. No la había oido abrir la puerta de la escalera, y me dije que no pudo tener tiempo de bajar. Entonces escuché en el descansillo, esperando oír sus pasos. El silencio era absoluto, y no se escuchaba el menor ruido.

En un piso inferior se cerró una puerta, y todo volvió a quedar silencioso de nuevo.

Entre el cuarto y el quinto piso —en el que yo vivía—, la escalera era de caracol. Por debajo del cuarto piso la escalera descendía recta. Era sucia y oscura,

como las de las grandes casas de inquilinos. En aquellos momentos la oscuridad era impenetrable. Bajé a tientas hasta el cuarto piso, y tuve la sensación de que en aquel rellano había alguien ocultándose. Empecé a palpar con las manos, y encontré por fin a la niña, llorando quedamente en un rincón, de cara a la pared.

— Vamos, ¿por qué lloras? — le dije —. Bueno, sé que he hecho mal en asustarte, hablándote de ese modo. Escucha, tu abuelo, al morir, te nombró. Fueron las últimas palabras que llegó a pronunciar. Ha dejado algunos libros, que son tuyos, como es lógico. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? Recuerdo que dijo que vivías en la sexta calle de...

No me dejó continuar. Como si le aterrase la idea de que yo supiera el sitio donde vivía, profirió una exclamación, me rechazó con su delgada manita y corrió alorcadamente escaleras abajo. Continué tras ella, orientándome por el ruido de sus rápidos pasos. Cuando llegué a la calle no vi a nadie, aunque la busqué afanosamente. Había desaparecido. Pensé que se habría escondido en cualquier rincón de la escalera, para luego marcharse definitivamente.

CAPÍTULO XI

Apenas había pisado la sucia y húmeda acera, cuando tropecé con un transeúnte que iba ensimismado en sus pensamientos, con la cabeza gacha. Grande fue mi asombro cuando vi que era el anciano Ikmeniev. Según podía verse, aquella noche resultaba ser la de los encuentros imprevistos. Me hallaba al corriente de que tres días antes el viejo estuvo muy enfermo, y ahora le encontraba en la calle, a pesar del mal tiempo reinante. También era extraña la hora, pues Ikmeniev no salía nunca de noche, y menos desde la fuga de Natacha.

Dio grandes muestras de contento al verme, como si por fin hubiese encontrado un amigo con el que compartir sus preocupaciones. Me estrechó la mano fuertemente, y sin detenerse a preguntarme hacia dónde me dirigía, me llevó con él. Noté que iba como asustado y con prisas. «¿Dónde habrá estado?», me dije, pero no quise preguntárselo, pues se había hecho muy suspicaz y colérico, hasta el extremo que consideraba como insultos las observaciones o preguntas más inocentes.

Miré a Ikmeniev de reojo y noté que había adelgazado mucho. Su barba crecida le daba un aspecto enfermizo, y los cabellos, ya canos del todo, salían desordenados bajo su desgastado sombrero y le colgaban en mechones sobre el cuello del raído gabán.

En ocasiones, como ya he dicho, se abstraía profundamente, y olvidando que estaba solo se ponía a hablar

consigo mismo, agitando las manos. Yo sentía una profunda lástima, viéndole en aquel estado.

—Hola, Vania —me dijo ahora—. ¿Hacia dónde vas? Yo he salido a arreglar algunos asuntos. ¿Cómo marcha esa salud?

—En realidad, yo soy el que debe preguntarle —repuse—. Hace pocos días estaba usted enfermo, y comprobaro que ya sale usted a la calle.

El anciano no me contestó; parecía no haber comprendido lo que le acababa de decir.

—¿Cómo se encuentra Ana Andreievna? —insistí.

—Pues no del todo bien... No sé qué le ocurre. Siempre la veo triste, y por cierto que se acuerda de ti con frecuencia. ¿Por qué no vienes ahora a verla? ¿O acaso tienes que ir a otro sitio? A lo mejor te he hecho desviarme de tu camino.

Al hablarme así, me miraba con aire de recelo y desconfianza. Tan susceptible y quisquilloso se había vuelto el viejo, que si no le hubiese dicho que iba a su casa, se habría enfadado, alejándose fríamente de mí. Por lo tanto, le aseguré que, en efecto, iba a hacerles una visita, si bien corría el riesgo de llegar tarde a la cita con Natacha.

Ya más tranquilizado por mis palabras, dijo:

—Vaya, me parece bien.

En seguida volvió a quedarse pensativo, y pasado un buen rato, agregó, como si despertase de un profundo letargo:

—Mira, Vania, tú sabes perfectamente que siempre has sido como un hijo para nosotros. El Señor no quiso darnos hijos varones a Ana Andreievna y a mí, y por eso te envió a nuestro lado. He pensado siempre así, igual que mi esposa. Siempre nos respetaste y quisiste como un hijo cariñoso. Quiera bendecirte el Señor, como nosotros te bendecimos y te queremos.

La voz le temblaba ahora perceptiblemente, por lo que guardó silencio un momento.

—¿Has estado enfermo? —preguntó de nuevo—. ¿Cómo tardaste tanto en venir a casa?

Le relaté lo que me había sucedido con el viejo Smith, alegando que la contingencia me tuvo ocupado esos días. Además, estuve algo enfermo, y por todo ello no había tenido tiempo de ir a verles a Vasili Ostrof, donde ahora vivían. Casi cometí un error, diciendo que encontré una oportunidad para visitar a Natacha, pero me callé a tiempo, por suerte.

El viejo se interesó grandemente por la historia de Smith, y escuchó mi relato con toda atención. Cuando se enteró de que mi nuevo piso era más húmedo y sombrío que el anterior, y que me costaba seis rublos mensuales, estalló de nuevo. Habíase vuelto muy irritable; en tales ocasiones sólo Ana Andreievna intentaba calmarme, y no siempre lo lograba.

—Ya ves lo que supone la literatura! —exclamó con vehemencia—. Te ha conducido a una buhardilla, y acabará llevándote al cementerio. No me digas que no te lo había pronosticado hace tiempo... ¿Y qué es de B...? ¿Aún hace crítica literaria?

—No; murió de tisis. Me pareció habérselo contado —manifesté.

—¿Ha muerto? No podía suceder de otro modo. Al menos, ¿dejó algo a su mujer y a sus hijos? Porque según tengo entendido, estaba casado. No concibo cómo puede casarse esa gente.

—No, B... no ha dejado nada.

—¡Vaya! —manifestó aún más irritado, como si se tratase del asunto de algún pariente o hermano—. Lo que me temía. Ya en la época en que tú no dejabas de elogiarle, presentí que iba a acabar así. Mira que no dejar absolutamente nada... ¿De qué le valió la fama, y tal vez incluso la inmortalidad? Con eso no come ningún hombre. Y lo mismo sospechaba que podía sucederte a ti. Recuerda que te he alabado, pero interiormente tenía el triste presagio de que podía venir a parar en esto. De

modo que B... ha muerto, ¿eh? ¿Cómo no se va a morir la gente, con todo lo que nos rodea? Mira, fíjate un poco.

Y así diciendo señaló con una mano la triste perspectiva de la calle oscura, tenuemente iluminada por las farolas sumidas entre la neblina plomiza; las sucias baldosas de la acera, las casas con la fachada empapada por la humedad, los peatones tristes, calados por la lluvia, y por encima del desolador panorama, la bóveda oscura como la tinta del cielo de San Petersburgo.

Nos encontrábamos en la plaza. Ante nosotros surgió de la oscuridad la estatua de Nicolás I, que aparecía iluminada en la base por los faroles de gas. Más allá se levantaba la masa vasta y oscura de la catedral de San Isaac, cuyos contornos se recortaban vagamente sobre el fondo negro del firmamento.

— Tú me decías, Vania, que B... era un buen hombre, afectuoso y lleno de generosidad, con un gran corazón. Casi todos los que conoces son así, gentes buenas, pero que no hacen más que dejar huérfanos en el mundo. En realidad, supongo que habrá muerto contento de abandonar este sitio, igual que lo habría estado si se hubiese marchado muy lejos, a Siberia... ¡Ah!, ¿qué deseas, hijita? — inquirió de pronto, al ver acercarse a una niña que pedía limosna.

La criatura tendría unos siete u ocho años, y estaba cubierta de harapos. Iba sin medias, con los zapatos agujereados, y trataba de cubrirse el menudo y tembloroso cuerpecillo con una especie de diminuto mantón. Alzó hacia nosotros su carita pálida, enfermiza y demacrada, y mirándonos en silencio, tendió timidamente su pequeña mano, como temiendo recibir una dura negativa.

El anciano Ikmeniev se estremeció de pies a cabeza y volvióse hacia ella tan repentinamente que la asustó. La pobrecilla se apartó temblando.

— Pobre criatura, no tengas miedo — dijo el viejo —. ¿Quieres una limosna? Pues toma, toma...

Sin poder contener su emoción, rebuscó en los bolsillos, extrajo algunas monedas, pero pareciéndole poco, sacó la cartera y de ella un billete de un rublo — el único que allí se veía —, y lo depositó en la mano de la chiquilla.

— Dios te proteja, hijita. Que tu ángel de la guarda no te abandone nunca.

Luego, con mano insegura, hizo varias veces la señal de la cruz sobre la cabeza de la pequeña pordiosera. De repente se dio cuenta de que le estaba observando, y al tiempo que fruncía el ceño, siguió su camino con largas zancadas.

Después de un silencio largo y embarazoso, declaró:

— Ya lo ves, Vania, no soporto ver a esos inocentes titirando por las calles por culpa de sus malditos padres... De todos modos, no puedo concebir que una madre condene a una niña tan pequeña a algo tan horrible, si no es que le obliga la más atroz de las miserias... Y quizás los hermanitos de esa chiquilla estén en algún rincón, mientras la madre yace enferma... No, así no vienen los hijos de los príncipes... Por desgracia, Vania, son muy pocos los hijos de príncipes que hay en el mundo.

Volvió a callarse, y al cabo de un rato siguió diciendo, con tono vacilante y confuso:

— Escucha, Vania, he prometido a mi mujer, o mejor dicho, hemos convenido los dos, en adoptar a una huferanita como ésta, a una cualquiera, con tal que sea pobre y de corta edad. La llevaremos a vivir con nosotros... Somos un par de viejos que se aburren tan solos... Sin embargo, Ana Andreievna pone algunas dificultades. Te ruego que hables con ella, como si saliera de ti mismo, ¿te das cuenta? Hace ya bastante tiempo que deseaba pedirte que la convencieras. Pero, no sé,

¿para qué quiero yo una huerfanita? Quizá sólo para escuchar una voz infantil en la casa, aunque también lo hago por mi mujer, para que se distraiga un poco. Ven, cojamos un coche; a este paso no llegaremos jamás. Ana Andreievna sin duda nos aguarda con impaciencia.

Cuando entramos en casa de los Ikmeniev eran las siete y media.

CAPITULO XII

Los dos ancianos se querían profundamente. La prolongada convivencia los había unido con lazos inquebrantables. A pesar de ello, el marido era poco expansivo con su mujer, y no desde hacía poco tiempo, sino desde mucho antes, cuando fueron más felices. Ahora llegaba a tratar a Ana Andreievna con aspereza, incluso delante de otras personas. Algunos caracteres delicados y sensibles muestran una especie de obstinación por no manifestar su cariño hacia los seres queridos, y no sólo ante testigos, sino hasta cuando no hay gente delante. Despues, al dar rienda suelta a sus afectos, demuestran mayor pasión cuanto más tiempo se han visto obligados a refrenarse.

Así se había portado siempre el viejo Ikmeniev con su esposa. Sentía por ella el mayor respeto y un cariño infinito, aunque no tuviese más mérito que el de ser una buena mujer que sabía quererle. Pero si ella, en su simplicidad, se mostraba a veces demasiado efusiva, Ikmeniev se irritaba profundamente.

Después del alejamiento de Natacha, el matrimonio dio rienda suelta a su cariño recíproco, ambos dolorosamente convencidos de que no tenían a nadie más en la vida. A pesar de que el anciano tenía momentos de cólera difícilmente soportables, no podían estar el uno sin el otro, y se sentían muy apesadumbrados cuando se veían obligados a permanecer separados más de un par de horas.

Ahora parecía existir entre ellos algo así como un acuerdo tácito para no mencionar jamás a Natacha. En presencia del viejo, Ana Andreievna ni siquiera osaba hacer alusión a su hija, por duro que resultase para ella. Sin embargo, en el fondo, hacía mucho tiempo que la anciana la había perdonado. Nos pusimos de acuerdo en que yo le transmitiría noticias de su idolatrada hija en la que nunca dejaba de pensar.

Si pasaba un tiempo sin recibir noticias de ella, Ana Andreievna se resentía visiblemente en su salud, pero en cuanto le relataba algo de Natacha se ponía buena al momento. En tales ocasiones mostraba interés por los detalles más nimios, haciéndome preguntas con una curiosidad febril. Indagaba llena de ansiedad, y mis palabras eran para ella un gran consuelo. Un día estuvo a punto de sufrir un ataque cuando se enteró de que Natacha estaba enferma. Poco faltó para que fuera a verla. En ciertas ocasiones la tristeza vencía su aparente integridad. Entonces llamaba a gritos a la ausente, lloraba y se quejaba amargamente de su marido. Luego, delante de él aludía a la altivez, a la dureza de corazón de algunas gentes, y aseguraba que Dios no perdona a quienes no saben perdonar. Pero no pasaba de las vagas alusiones, y no se atrevía a enfrentarse directamente con el delicado asunto.

Entonces el viejo se ponía malhumorado, guardaba silencio con el entrecejo fruncido, o bien, con manifiesta torpeza, alzaba la voz y procuraba hablar de otra cosa. Después se marchaba a su cuarto, para que al quedar yo a solas con su mujer, ésta se desahogara a fondo, derramando sobre mí el llanto y las quejas. Se convirtió en una norma el que en todas mis visitas, Nicolás Sergueitch se retirara a su habitación poco después de saludarme, para que yo pudiera participar a su mujer de lo que había de nuevo respecto a Natacha. Eso es lo que hizo también en esa velada.

—Me encuentro totalmente empapado —dijo a Ana

Andreievna, en cuanto entramos en la casa—. Voy a cambiarme a mi cuarto. Tú quédate, Vania, y cuéntale lo que ha pasado en tu nueva casa. No tardaré en volver.

Así diciendo, se fue al momento sin mirarnos siquiera, como avergonzado de habernos reunido. En tales ocasiones, y sobre todo cuando volvía con nosotros, se mostraba serio e irónico, como si reconviniese él mismo por su excesiva condescendencia.

—¿Te das cuenta? Siempre hace igual —manifestó la pobre mujer—, y eso a pesar de que sabe que conocemos su juego. ¿Cómo puede fingir de ese modo? ¿Soy acaso una extraña para él? Y lo mismo era con su hija. Sé que podría perdonarla, y hasta desea hacerlo, en su fuero interno. Le he oido llorar por las noches; pero guarda aparentemente su firmeza. El orgullo le tiene trastornado. Dime, Vania, ¿dónde ha estado esta tarde?

—¿Nicolás Sergueitch? No lo sé, justamente se lo iba a preguntar a usted.

—Al verle salir con esta llovizna, me asusté. No se encuentra nada bien, ya estarás enterado. Y yo me digo si hay algo más importante que lo que puedes imaginarte. El caso es que no tengo valor para preguntarle. Por ella y por él vivo siempre llena de angustia. En ocasiones, tengo la impresión de que ha resuelto perdonarla, y que se dispone a ir a verla. Sí, está enterado de todo, hasta de los sucesos más recientes, pero no llego a comprender quién le suministra esos informes. Anoche le noté sumamente inquieto, igual que hoy. Bien, ¿qué dices tú, querido Vania? Habla, ¿qué ha pasado? No puedes imaginar con qué impaciencia te estaba aguardando. Cuéntame, ¿piensa ese bribón abandonar a mi Natacha?

Sinceramente, como yo acostumbraba hacerlo, relató a la anciana cuanto sabía. Le dije que Natacha y Aliocha parecían a punto de romper, en efecto, pues esta vez los disgustos entre ambos eran más serios que en ocasiones anteriores. Expliqué que la joven me había

enviado una nota el dia anterior suplicándome que fuese a buscarla esa misma noche, a las nueve. Yo debía estar ya con ella, pero me encontré a Nicolás Sergueitch, y no pude evitar que me llevase con él. Le conté que la situación era crítica: el padre de Aliocha había vuelto hacía dos semanas, y se mostraba totalmente irreconciliable. Por otra parte, y eso era quizá lo peor, Aliocha no mostraba despegó alguno hacia la prometida que le habían impuesto; más bien se decía que estaba enamorado de ella. Afirmé que era fácil apreciar que Natacha escribió su nota en un momento de gran zozobra. Me aseguraba que esa noche se decidiría todo. ¿Qué podían significar aquellas palabras? De todos modos, era urgente que fuera a su casa. Transcurría ya la hora de la cita, y no debía perder más tiempo.

—Sí, no dejes de ir, querido Vania —me exhortó ella—. Pero, ¿cómo no está aquí el samovar? Matriona, ¿qué esperas para traerlo? ¡Qué tranquilidad, hay que ver! Entonces, cuando hayas tomado el té, busca una excusa para marcharte. Vuelve mañana a contármelo todo. No te olvides, por Dios, y ven pronto. Señor, ¿qué nueva desgracia le habrá ocurrido? ¿Es posible que le suceda otra desdicha, peor que la que ahora padecemos? Y yo tengo la impresión de que mi marido está al corriente de todo. Por mi parte, también me entero de muchas cosas por medio de Matriona, y ésta por Agascha, la ahijada de María Vasilievna, que sirve en casa del príncipe. Pero no vale la pena que te lo repita. Mi marido está hecho hoy una furia. En varias ocasiones he tratado de decirle algo, y se ha puesto a dar voces. Luego se arrepintió, y aseguró que andaba mal de dinero. ¡Como si fuera ésa la causa de sus gritos! Bien conoces tú nuestra situación. Después de comer se encerró en su alcoba con la disculpa de que quería dormir, pero yo he mirado por la rendija que hay en la puerta de su cuarto, y que él no ha visto, y observé que estaba arrodillado, rezando ante una imagen. En ese momento

creí que las piernas no serían capaces de sostenerme. Luego no durmió ni tomó el té. Se limitó a coger su sombrero y a marcharse. No me atreví a preguntarle adónde iba, por miedo a que pusiera el grito en el cielo. Sí, ahora tiene la costumbre de dar voces. Grita a Matriona y también a mí. Entonces siento que se me doblan las piernas, y que se me estruja el corazón de dolor. Me doy cuenta de que no son más que arrebatos pasajeros, pero es terrible. Cuando le vi salir, supliqué a Dios que le inspirase. Oye, Vania, ¿puedes enseñarme lo que ha escrito Natacha?

Le mostré lo que me pedía. Estaba bien enterado de que Ana Andreievna abrigaba la ilusión, la secreta esperanza de que Aliocha, al que calificaba de malvado y necio, acabaría casándose con su hija, y que el príncipe Pedro Alejandrovitch daría su consentimiento. La anciana llegó a insinuar que alentaba aquellas esperanzas, pero por nada del mundo hubiera osado decirlo delante de su marido. De todos modos, éste ya lo sospechaba, y se lo había echado en cara sin vacilar. Creo que Ikmeniev hubiera sido capaz de lanzar una maldición contra su hija, desterrándola definitivamente de su corazón, de haber entrevisto la posibilidad de ese matrimonio.

Todos estábamos convencidos de eso, entonces. El viejo esperaba a su hija sufriendo profundamente, pero quería verla llegar sola, arrepentida, cuando hubiera arrancado de ella el recuerdo de su desdichado amor. Sin esta condición, el perdón resultaba imposible. Por más que Nicolás Sergueitch no dijera nada de esto, lo dejaba entrever claramente.

— Yo he dicho siempre que ese chico no tiene carácter —continuó diciendo Ana Andreievna—; es un inconsciente, y le han educado pésimamente. Pero si la abandona, ¿qué será de mi pobre hija? Vamos, dejarla por esa otra... ¿Qué habrá visto en ella?

— Segundo me han dicho, se trata de una joven encantadora. La misma Natacha me lo ha contado.

— Me cuesta creerlo — repuso la mujer —. Encantadora... Para vosotros, los hombres, todas las faldas son encantadoras. Si Natacha la ha elogiado, seguro que fue por generosidad. Es incapaz de contradecir, y a él se lo perdona todo. ¡Pensar las veces que la habrá traicionado ese canalla, ese hombre sin escrúpulos! Me aterra, Iván Petrovich, ver cómo el orgullo os trastorna a todos. ¡Si mi marido pudiera al menos vencer el suyo! Si perdonase a mi querida hija y la trajese de nuevo con nosotros... Me conformaría con verla un momento. Dime, ¿ha adelgazado?

— Un poco.

— ¡Pobrecilla! ¡Qué triste me encuentro! No hago más que llorar a todas horas... Pero ya te hablaré de eso más adelante... ¡No sabes las veces que estuve a punto de pedir a mi marido que la perdonase! Sin embargo, no me atrevo a hacerlo, y sólo me limito a insinuárselo. Me da miedo que se enfurezca y llegue a odiarla para siempre. ¿Qué pasaría, en tal caso? ¿Y si llega a maldecirla? Cuanto el padre maldice, Dios castiga, ya lo sabes. En fin, ya te das cuenta de la vida que llevo: estoy temblando de miedo a todas horas del día... Y tú, Iván Petrovich, no sé cómo no te avergüenzas. Te hiciste hombre en nuestra casa, aquí te acogimos como a un hijo, y a pesar de todo, aceptas la sugerencia de que esa mujer pueda ser encantadora. Y María Vasilievna aún va más lejos. Fui lo bastante imprudente como para invitarla una mañana a tomar café, pues sabía que mi marido, que había salido, pasaría fuera toda la mañana... El caso es que María Vasilievna me contó lo que ha pasado y con todo detalle. Resulta que el padre de Aliocha sostiene relaciones íntimas con cierta condesa, y ella le reprocha desde hace tiempo que no cumple lo prometido, de casarse con ella. El príncipe siempre encuentra la manera de ir atrasando la boda. Ya en vida de su marido la condesa se hizo conocida por la ligereza de su conducta. Al enviudar se fue al extran-

jero y tuvo toda clase de enredos con franceses e italianos. Entonces conoció a algunos aristócratas, y fue justamente en el extranjero donde mordió el anzuelo el príncipe Alejandrovitch.

»La condesa gastaba el dinero a manos llenas. Su hijastra, Catalina Fiodorovna, iba convirtiéndose en mujer, y a la par aumentaba los dos millones que su padre, un negociante de aguardientes, colocó a nombre de ella en un banco. Se afirma que ahora llega a tres millones lo que posee la niña. El príncipe, que no tiene nada de necio, ha pensado en seguida: «Es una ocasión excelente para casar a Aliocha». No es de los que desperdician una ocasión semejante. Y ese pariente suyo, el conde que está relacionado en la corte, ¿recuerdas?, se ha mostrado satisfecho con el plan. Es que tres millones no son una nadería. «Perfectamente — le dijo —; trata el asunto con la condesa.»

»Sin más tardanza, el príncipe detalla sus planes a la condesa, pero ella se siente molesta. Dicen que es una mujer insolente y sin principios, por lo que hay muchas casas aquí en que no la reciben. Esto no es el extranjero. Lo cierto es que ella dijo al príncipe que de ningún modo, que era él quien debía contraer matrimonio con ella, y no Aliocha con su hijastra. La muchacha, según parece, quiere profundamente a su madrastra y la obedece en todo. Es un alma ingenua, un verdadero ángel. El príncipe vuelve a la carga e insiste: «Mira, condesa, has derrochado cuanto tenías, y ahora estás llena de trampas. Si Aliocha y tu pequeña se casan, formarán una pareja ideal. Ella es una ingenua, y mi hijo es un tonto. Los ponemos bajo nuestra tutela, y tú nunca estarás sin dinero... Eso será mucho mejor que casarte conmigo.» El tal príncipe es un truhán, un francmásón... De esto hace ya unos seis meses, pero ahora han hecho un viaje a Varsovia, los dos juntos, y parece que se han puesto de acuerdo. Lo sé tan detalladamente porque me lo ha contado María Vasilievna, quien a su vez lo oyó

de labios que merecen crédito. Como ves, en el fondo del asunto no hay más que dinero, millones, y no el que la muchacha sea encantadora.

Lo que me acababa de relatar la anciana tuvo la virtud de impresionarme. Por otra parte, concordaba punto por punto con lo que me explicara Aliocha pocos días antes, si bien él me juró que jamás podría contraer matrimonio por dinero. Por lo visto, las cualidades de Catalina Fiodorovna habían llegado a impresionarle. También me dijo el joven que su padre probablemente volvería a casarse, si bien trataba de desmentir esos rumores para no disgustar a la condesa. Aliocha, como ya he manifestado, adoraba a su padre y creía a pies juntillas cuanto le decía.

— Por otra parte, debes saber que esa muchacha que llamas encantadora, ni siquiera es condesa — aseguró Ana Andreievna, todavía indignada por el elogio que había hecho de la futura nuera del príncipe —. En ese aspecto Natacha sería mejor partido, porque al menos viene de rancio abolengo, mientras que la otra es hija de un traficante en alcoholes. Por cierto que anoche, creo que no te lo he contado, mi marido abrió el arquilla donde guarda sus documentos, y se pasó muchas horas revisando los pergaminos de la familia. Estaba sentado, muy serio, y yo hacía calceta, sin atreverme casi a mirarle. Al ver que no le preguntaba nada, se enfadó, pero luego comenzó a hablarme de nuestro árbol genealógico. Sabrás que los Ikmeniev ya éramos nobles en los tiempos de Iván el Terrible, mientras que los Chumilov, otros antepasados, fueron conocidos durante el reinado de Alejo Mijailovich. Aún conservamos los documentos, y Karamsin nos cita en su Historia del Imperio ruso. Como puedes ver, amigo mío, no tenemos que envidiar a nadie en ese aspecto. Cuando mi marido empezó a explicarme todo aquello, me di cuenta de la intención que le guiaba. Es natural que también le mortifique que desprecien a Natacha. La única ventaja

que tienen esas gentes sobre nosotros es su dinero. En fin, no resulta nada de extraño que ese pillastre corra tras su fortuna. Tiene un espíritu codicioso, y todo el mundo está enterado de ello. Incluso dicen que en Varsovia ingresó secretamente en la orden de los jesuitas. ¿Qué crees tú? ¿Puede ser cierto?

— Me parece algo absurdo — repuse, aunque sabía que los rumores a este respecto eran insistentes.

Además, me causó gran extrañeza que Ikmeniev se hubiese dedicado a revisar sus papeles, cuando nunca dio muestras de que le interesara su ascendencia.

— Son unos malvados, unos miserables — continuó diciendo Ana Andreievna —. Pero, por favor, háblame ahora de mi pequeña. ¿Qué hace? ¿Está muy triste? Me la imagino llorando todo el día. ¡Ah, lo había olvidado! Vete sin más tardanza a verla. ¡Matriona, ese té! ¡Qué criadas éstas! Pero, ¿no crees que están ofendiendo a mi pobre Natacha? Dímelo, Vania.

— ¿Qué podía contestarle? Vi que la anciana se echaba a llorar, y le pregunté qué desgracia le afigía.

— ¡Ay, hijo mío! Parece ser que no he sufrido bastante, y por ello ha caído sobre mí una nueva amargura. ¿Recuerdas el medallón de oro que yo tenía, en el que pintaron un retrato de Natacha cuando tenía ocho años? Si, lo hizo un pintor cuando pasó por el pueblo. Nosotros se lo encargamos expresamente. Pues bien, el pintor, que conocía bien su arte, la representó como un angelito. Ella tenía entonces el cabello sedoso y dorado, y le puse un vestidito de muselina que dejaba transparentar su cuerpecito. Estaba tan hermosa que nos cansábamos de mirarla. Hubiera preferido que el pintor le añadiese un par de alas, pero él no quiso.

»Pues bien, Vania, a raíz de lo que hemos sufrido, saqué el medallón y me lo colgué al cuello, junto con la cruz, y temí que Nicolás Sergueitch lo viera, pues me dijo que iba a tirar o quemar todo lo que nos trajera el recuerdo de nuestra hija. Pero yo tenía necesi-

dad de contemplar su retrato, por lo menos. A veces lloraba al mirarle, y eso me servía de consuelo. Cuando estaba sola la bendecía antes de dormirme, y le daba besos. Hablaba con ella y me hacía la ilusión de que me contestaba. Sólo con eso era feliz, y más viendo que él no se había enterado de nada. Y ayer, de pronto, comprobé que el medallón había desaparecido. Del cuello sólo me colgaba el cordón. Este se había roto, y el medallón no estaba allí. Supuse que se habría caído y perdido. Sentí deseos de morirme. Rebusqué por todas partes, pero ha sido inútil. ¿Adónde pudo ir a parar? Pensé que tal vez estuviera entre las ropa de la cama, pero miré inútilmente. Luego me dije que bien pudo caérseme en otro sitio, y encontrarlo otra persona. Pero, ¿quién sino Matriona o mi marido pudieron hallarlo? Sin embargo, Matriona no pudo ser, pues es una criada muy honrada y me lo habría devuelto. ¡Matriona! ¿Traes el samovar, de una vez? Entonces se me ocurrió, con espanto, que bien pudo encontrarlo él. Aquí estoy, muerta de miedo y sin poder contener las lágrimas, hora tras hora. Nicolás Sergueitch se muestra cada vez más solícito, y me mira con tristeza, como si se diera cuenta del motivo de mi llanto, y ello le produjera lástima. De todos modos, yo creo que fue él quien encontró el medallón. En tal caso, lo habrá tirado por la ventana, ya que cuando está irritado es capaz de hacer eso, y más aún. Seguramente ahora se siente arrepentido. El caso es que bajé con la criada al patio, buscamos el medallón debajo de la ventana y no lo hallamos. Me pasé toda la noche llorando. ¡Ay, esto puede ser el presagio de una desgracia! Te esperaba como a un enviado del cielo, para poder desahogar al menos mi infinita pena.

Al decir esto, Ana Andreievna se echó a llorar, llena de congoja.

— Ah, deseaba preguntarte una cosa — añadió —. ¿Te ha hablado algo de adoptar una niña?

— Sí. Me contó que era una decisión de ambos, el

recoger una pequeña huérfana sin recursos, para adoptarla y educarla. ¿Es verdad?

— No, yo no he pensado en eso, Vania. Sólo contribuiría a recordarme aún más a mi hija. De no tener a mi Natacha, no quiero a nadie. Una sola hija he tenido, y sería imposible que quisiera a otra como a ella. ¿Cómo pudo ocurrírsele tal cosa? Tal vez ha pensado que eso me serviría de consuelo, al verme llorar continuamente. ¿O quizás es que quiere tomar cariño a otra, para arrojar definitivamente de su pensamiento a nuestra hija? Dime, Vania, ¿qué te ha dicho de mí? ¿Estaba muy enfadado cuando os encontrasteis? Pero, ¡calla!, ahí viene. Ya me lo contarás en otro momento. Sobre todo, no dejes de volver mañana...

CAPÍTULO XIII

Ikmeniev entró en la estancia, nos observó con gesto a la vez avergonzado e inquisitivo, y luego se acercó a la mesa y tomó asiento.

— ¿Aún no ha traído el samovar? — inquirió —. No sé a qué está esperando.

— Ahora lo trae — dijo Ana Andreievna, presurosa —. Mira, ahí lo tienes.

En cuanto Ikmeniev apareció en la habitación, Matrona se presentó con el samovar. Daba la impresión de que había estado esperando a su señor para ponerlo en la mesa. Era una anciana trabajadora y honrada, pero extremadamente quisquillosa y terca. Temía a Nicolás Sergueitch, y cuando él se hallaba presente media mucho sus palabras. Luego, al quedar sola con Ana Andreievna, se tomaba el desquite. A menudo la contrariaba, y aprovechaba las ocasiones que podía para mandonear. A pesar de todo, tanto a su señora como a Natacha les tenía un gran cariño.

— Hace muy poca gracia llegar calado a casa, y que no le sirvan a uno el té — murmuró el anciano.

Ana Andreievna me hizo un guiño apenas perceptible. Ikmeniev no podía sufrir esas señas hechas a hurtadillas, y aunque trataba a toda costa de no mirarnos, en su rostro se apreciaba que había advertido perfectamente la seña.

— No sé si te he dicho que había salido por mi asunto, Vania — declaró repentinamente —. ¡Qué villanía!

Van a condenarme. No tengo los documentos que se necesitan, y todo el juicio se ha desarrollado de modo irregular, injusto.

Se refería a su querella con el príncipe. Al advertir que no le respondía, pues en verdad no sabía qué decir, me observó lleno de desconfianza.

— Bah, cuanto antes sea, tanto mejor — prosiguió diciendo, como si le irritase nuestro silencio —. Por más que me condenen, no me deshonrarán por ello. Tengo la conciencia tranquila, pase lo que pase. Al menos habrá concluido esta farsa. Me dejarán en la calle, pero tendré paz. Sí, en último caso lo abandonaré todo y me iré a Siberia.

— ¡Dios del cielo! ¿Y por qué tan lejos? — exclamó su mujer, sin poder contenerse.

— ¿A quién tienes cerca, por aquí? — contestó él con cierto recogijo cruel, satisfecho de que al fin le contestaran.

— Bueno, estoy cerca de... de la gente — aseguró ella, mirándose muy asustada.

— ¿A qué gente te refieres? — insistió Ikmeniev, observándonos a ambos con ojos ardientes —. ¿A los ladrones, calumniadores y traidores? A éhos se los puede encontrar en cualquier sitio. No pases pena, que también los hallarás en Siberia. Por más que si no quieras venir conmigo, como nadie te obliga, puedes seguir aquí, donde estás.

— Querido Nicolás, ¿qué haría yo sin ti? — dijo la pobre Ana Andreievna —. Sabes de sobra que no tengo a nadie más en la vida, y que...

A la buena mujer le faltaron las palabras. Volviéndose hacia mí me dirigió una mirada suplicante. Ikmeniev estaba colérico, y todo lo que se decía sólo contribuía a excitarle más aún.

— Tranquilícese, Ana Andreievna — intervine yo —. En Siberia no se vive ahora tan mal como se cree. En caso de que se vean o obligados a vender la hacienda, lo más

juicioso es el plan de su marido. En Siberia podrán hallar un buen empleo...

— Justamente eso es lo que yo pensaba. ¡Acabar con todo esto de una vez, y marcharme!

— ¡Parece imposible! — exclamó Ana Adreievna, en el colmo de la desesperación. — ¡Jamás lo hubiese creído! Y tú te pones de acuerdo con él, Vania. Tú, que sólo recibiste pruebas de cariño de nosotros...

— ¿Y qué otro recurso nos queda? — dijo él. — ¿De qué crees que podemos vivir aquí? Vamos, piensa un poco. Nos hemos gastado los fondos que teníamos, y escasamente me queda algún copec. No querrás que vaya a ver al príncipe Pedro Alejandrovitch para pedirle perdón, ¿no es así?

Al escuchar el nombre del príncipe, la pobre anciana se estremeció de pies a cabeza, y la cucharilla que tenía en la mano se le cayó ruidosamente en la taza.

— ¿No te parece que tengo razón, Vania? — insistió Ikmeniev, excitado por una especie de alegría maligna. — ¿O será mejor ir a ver al príncipe? Sí, ¿para qué ir a Siberia? Mañana me acicalaré y me pondré mi mejor traje. Me compraré unos guantes, y Ana Adreievna me preparará una camisa nueva, puesto que a una personalidad tan encumbrada no se la puede visitar de otra forma. Entonces, ya de punta en blanco, me presentaré en casa de su señoría: «Mi gran señor, alteza, padrecito..., tened piedad de mí. Dadme una limosna, un trozo de pan. Hacedlo por mi mujer y mis hijos...» Es eso lo que tú quieras, ¿verdad, esposa mía?

— ¿Cómo voy a querer eso, pobre de mí? Sólo he hablado por hablar. Perdóname si te he disgustado. No grites, por favor, no grites.

Al decir esto la mujer temblaba con los ojos arrasados de lágrimas.

No me cabe la menor duda de que Nicolás Sergueitch tenía el corazón traspasado de dolor al comprobar el sufrimiento de su mujer. Tal vez hasta estaba sufrien-

do más que ella, pero sabía dominarse. Eso es lo que ocurre con las personas bondadosas y de carácter nervioso, a la vez. Suelen estallar, a pesar de su bondad, y encuentran placer en el dolor. No pueden refrenar su ira, y la descargan contra el ser más amado e inocente que tienen a mano. Cuanto más quieren, más hacen sufrir. Las mujeres, sobre todo, tienen una verdadera necesidad de sentirse desventuradas y zaheridas, aunque no exista desgracia ni escarnio de ninguna especie. Y muchos hombres, por más enérgicos que parezcan, tienen bastante en común con las mujeres, en este aspecto. El viejo Ikmeniev no podía reprimir sus deseos de regañar, aunque la situación le afectase a él tanto o más profundamente que a su mujer.

Me pregunté en ese momento si el anciano no habría ido a hacer algo de lo que Ana Adreievna sospechaba. Es posible que Dios le hubiese iluminado, impulsándole a ir a ver a Natacha. Tal vez por el camino se arrepintió, después de pensarla mejor, y regresó a casa avergonzado de su debilidad, en busca de alguien en quien descargar su mal humor, y eligiendo precisamente a la persona que sentía sus mismos anhelos. Al pensar en perdonar a su hija, imaginó sin duda la alegría enorme que experimentaría su mujer. En cierto modo, era natural que al fracasar su intención, fuese ella la que sufriera las consecuencias.

Sin embargo, al verla temblar, espantada, hubo un momento en que pareció conmoverse. Luego se avergonzó de su ira y pudo dominarse. Continuamos en silencio, y yo hacía lo posible por evitar su mirada. Mas la tranquilidad duró muy poco. Era evidente que Ikmeniev tenía que desahogarse, pasara lo que pasara.

— Mira, Vania — manifestó de improviso —; no deseaba hablar, pero me veo obligado a hacerlo. Lo haré con franqueza y sin rodeos, como debe actuar un hombre cabal... Sé que me entiendes, Vania, ¿no es cierto? Me satisface que te encuentres con nosotros, pues deseo de-

cir con toda claridad que las lamentaciones, lloros y esas ridiculeces que no dejo de escuchar en torno mío me disgustan profundamente. Lo que arrojé de mi pecho, con profundo dolor, jamás volverá a cobijarse en él. Así lo dije, y así lo mantendré. Estoy hablando de lo que pasó hace seis meses, y de ello estás al corriente. Al hablar con esta franqueza, lo hago para que no que de la menor duda acerca de la postura que adopto.

Entonces fijó en mi su penetrante mirada, haciendo caso omiso de la espantada expresión de Ana Andreievna. En seguida prosiguió diciendo:

— Vuelvo a decirlo: me disgustan las necedades. Y lo que más me irrita es que me tomen por un tonto, por un títere al que se puede culpar de bajezas y debilidades de las que carezco. Están muy equivocados los que me creen trastornado por el dolor. Tonterías. Lo he arrancado todo de mi corazón, olvidando para siempre mis antiguos sentimientos. El recuerdo se ha esfumado, y definitivamente.

Al tiempo que se ponía en pie, dio un violento puñetazo, sobre la mesa, que hizo tintinear las cucharas dentro de las tazas.

— Al menos, tenga compasión de Ana Andreievna — le rogué sin poder disimular mi ira —. Mire el estado en que se encuentra.

Sólo conseguí excitarle aún más.

— No puedo tener piedad de nadie, ya que tampoco la tienen de mí — repuso, estremeciéndose —. Nadie tiene lástima de mí, y hasta en mi propia casa se hacen maquinaciones para defender a una hija desalmada que se ha hecho merecedora de todos los castigos y maldiciones.

— Di de ella lo que quieras — intervino Ana Andreievna —, pero no la maldigas. ¡No maldigas a tu hija, Ni colás Sergueitch!

— Sí, yo la maldigo! — gritó el anciano —. Lo hago porque a pesar de haber sido humillado y ofendido, se

me exige que vaya a casa de ese maldito a implorarle perdón. Lo que oyes, Vania. Así me torturan constantemente en mi hogar, a todas horas, con llantos, quejidos e insinuaciones ridículas. Pretenden que me ablande después de esto. Fíjate, Vania — agregó, al tiempo que sacaba torpemente unos papeles del bolsillo —. Aquí hay un resumen del juicio, donde se afirma que soy un siniestro, un ladrón que ha robado a su bienhechor... Me calumnian, me difaman, y todo por culpa de ella. Pero mira, ¡compruébalo tú mismo!

Y al hablar iba sacando papeles y más papeles del bolsillo. Entre ellos rebuscó el que deseaba enseñarme, pero no parecía hallarlo. Metió la mano en otro bolsillo, y al depositar su contenido en la mesa un objeto de cierto peso cayó sobre la madera. La anciana no pudo reprimir un grito de sorpresa: allí estaba el medallón que había perdido. Difícilmente podía yo creer lo que estaba presenciando. Al anciano se le subió la sangre a la cabeza y sus carrillos enrojecieron. De pie y con las manos cruzadas sobre el pecho, Ana Andreievna miraba a su marido en actitud de súplica. En su semblante apareció una gozosa mirada de esperanza, y más al comprobar la turbación del anciano ante nosotros.

Ahora se daba cuenta de la forma en que pudo haber desaparecido el medallón. Seguramente su marido lo había encontrado, y ocultó el hallazgo a todos, temblando de dicha. Se daba cuenta de que debió de contemplar con cariño indescriptible, cuando estaba a solas, la carita de su bienamada hija. Sin duda alguna, igual que la pobre madre, había hablado con la querida ausente, imaginando sus respuestas, y contestando él a media voz. Y por las noches, en su habitación, habría acariciado y besado mil veces la idolatrada imagen, pidiendo perdón y bendiciendo a la que maldecía y repudiaba ante los demás.

— ¡Cariño mío! Aún la quieras, ¿verdad? — dijo ella,

pensando en el arrepentimiento de aquel padre que acababa de maldecir a su hija.

Pero al oír las palabras de la pobre vieja, una furia irracional se apoderó de Nicolás Sergueitch, quien cogió impulsivamente el medallón, lo arrojó al suelo con violencia y comenzó a pisotearlo.

— ¡La maldigo! ¡Maldita sea para siempre! — gritó con voz ronca.

— ¡Dios del cielo! — exclamó la aterrada madre. — ¡Mi pequeña! ¡Pisar la carita de mi Natacha! ¡Ah, hombre orgulloso y soberbio! ¡Hombre despiadado!

Aquellos lamentos de la mujer detuvieron al trastornado viejo, que se dio cuenta de lo que había hecho. Agachóse para recoger el medallón y trató de salir rápidamente de la estancia, pero apenas había dado unos pasos, se le doblaron las piernas, cayó de rodillas ante un sofá, en el que se apoyó pesadamente, y reclinó en él la cabeza, con gesto de abatimiento.

Lloraba como una criatura, como una mujer. Todo su cuerpo se estremecía, y se hubiera dicho que el pecho le iba a estallar. En unos instantes el iracundo viejo se había convertido en un ser tan débil como un niño.

No se sentía ya capaz de maldecir; ya no tenía vergüenza delante de nosotros. Con gesto tembloroso y convulsivo abrió la mano y cubrió de besos el medallón que un momento antes había pisoteado. Toda su ternura y todo su amor hacia la hija ausente, reprimidos tanto tiempo, se desbordaban ahora con una impetuosidad irresistible.

— ¡Perdónala! ¡Perdónala! — gritó Ana Andreievna, cubierto el rostro de lágrimas, mientras le rodeaba con sus brazos. — ¡Déjala que vuelva a casa! ¡Déjala que vuelva! ¡El Señor, en el día del Juicio, sabrá tener en cuenta tu humildad y clemencia!

— ¡Nunca! ¡Por nada del mundo! — negó obstinadamente el anciano, con voz jadeante, entrecortada. — ¡No lo haré jamás!

CAPÍTULO XIV

Llegué a casa de Natacha cuando ya era bastante tarde. Daban las diez de la noche.

Vivía ella frente al muelle de Fontanka, en las proximidades del puente Semenov, en un cuarto piso de una casa de aspecto sórdido, de la que era propietario el comerciante Kolotuschkin. Después que hubieron huido juntos, Aliocha y ella habitaron en un hermoso piso, vistoso y céntrico, aunque bastante pequeño, situado en la calle Liteima. Pero no tardaron en agotarse los fondos del joven príncipe, el cual no sólo dejó de cumplir su promesa de que daría lecciones de música o trabajaría, sino que contrajo deudas de gran envergadura... Utilizaba el dinero para adornar el piso y comprar regalos a Natacha, que protestaba por aquel despilfarro, aunque vanamente.

De carácter sensible y soñador, Aliocha se pasaba a veces una semana entera pensando qué clase de obsequio podía hacer a Natacha. Se ponía después a imaginar el placer que ello podría proporcionar a la joven, y en ocasiones llegaba a ponerla al corriente de aquellas esperanzas suyas. Si Natacha le reprochaba los gastos y se ponía a llorar, él se sumía en una melancolía que inspiraba piedad.

Pero no todo se iba en regalos para Natacha, ya que el joven gastaba bastante a espaldas de ella. Se dejaba arrastrar por sus antiguas amistades, y la engañaba con otras muchachas, unas Josefinas o Bertas cualquiera,

por más que él siguiera queriendo siempre a su Natacha, aunque a su manera. El amor que sentía por Natacha era para él una especie de tormento. Hubo días en que llegaba a mi casa con aspecto triste y desmoralizado, y me decía que no valía lo que el dedo meñique de Natacha, que era un perdido y que no la merecía.

Compungido, me contaba sus aventurillas, rogando que no se lo dijera a Natacha. Entonces me pedía que le acompañase hasta la casa de ambos, ya que después de hacer una escapada no se atrevía a mirarla siquiera, al estar de nuevo ante ella. Natacha sólo tenía que mirarle para darse cuenta de lo que había pasado, y aunque parezca imposible, debido a lo celosa que era, ella le perdonaba sus andanzas.

Las cosas ocurrían normalmente de este modo: al llegar, Aliocha hablaba timidamente y la miraba lleno de ternura. Ella se daba cuenta inmediatamente de su culpa, pero no lo dejaba traslucir; en cambio, se mostraba más cariñosa y tierna que antes, y no le preguntaba nada de lo que había hecho. Con eso no llevaba a cabo un ardido, ni obraba con premeditada astucia, sino que para su alma era un goce infinito el perdonar. Certo es que por entonces sólo se trataba de una muchacha, una tal Josefina.

Viendo a Natacha tan serena y condescendiente, Aliocha no podía resistirse, y sin necesidad de que le interrogasen, él mismo contaba lo ocurrido, únicamente por descargar su conciencia, y «volver a ser como antes», según él mismo decía. Una vez que ella le perdonaba, el gozo del joven no tenía límites. Entonces llegaba a llorar de alegría y pasión, la abrazaba y la cubría la cara de besos. Sin transición alguna, desbordante de alegría ante el perdón, le contaba su pequeña aventura con inocencia de colegial, se deshacía en carcajadas, llenaba a Natacha de alabanzas y bendiciones, y la velada terminaba en medio del mayor júbilo.

Al acabarse el dinero, vendieron diferentes objetos.

Natacha sugirió que se mudaran a un piso más barato y pequeño, y así lo hicieron, pero prosiguió la venta de pertenencias, y la propia Natacha tuvo que vender algunos vestidos, y hasta llegó a buscar trabajo. Cuando se enteró Aliocha, sufrió un arrebato de desesperación, se maldijo y se culpó a voces de ser un hombre despreciable, pero no tomó ninguna medida para remediar aquel estado de cosas. Por último, terminados todos los recursos, solamente contaron con el trabajo de Natacha, pero el sueldo que le pagaban por él era realmente miserable. Ya desde el principio habían vivido juntos, lo que provocó una seria disputa entre Aliocha y su padre. La intención del príncipe de casar a su hijo con Catalina Fiódorovna Filimonovna, hijastra de la condesa, no era aún más que un mero proyecto, pero Pedro Alejandróvitch se aferró a él obstinadamente. En cuanto podía, llevaba a Aliocha a casa de su futura prometida, le decía que trataba de atraerla, y le procuraba toda clase de razones. Pero las cosas no salían bien por culpa de la condesa, y el príncipe hizo entonces como que no se daba cuenta de las relaciones que existían entre su hijo y Natacha, esperando que el tiempo arreglase la situación. En efecto, conocía muy bien el carácter inconsiente y frívolo de Aliocha, tanto como para confiar en que su amor terminaría enfriándose. Estaba seguro de que eso sucedería muy pronto. Ultimamente, el príncipe hasta dejó de preocuparse por aquel vínculo existente entre Natacha y su hijo, y tal actitud hizo concebir a ambos amantes la esperanza de una reconciliación con sus padres. Ciertas indiscreciones de Aliocha, que yo capté al vuelo, me dieron a entender que su padre se complacía humillando a Ikmeniev.

El príncipe continuaba mostrando a su hijo el desagrado que le causaba su proceder, lo que materializaba en una disminución de la suma mensual que le pasaba, bastante exigua ya, pues además era muy tacaño. Incluso amenazó con no darle absolutamente nada. Des-

pués se fue a Polonia, siguiendo a la condesa, ya que ésta poseía allí algunos negocios. En realidad, seguía persistiendo tesoneramente en el casamiento de su hijo con Catalina Fiodorovna, y si bien le parecía que Aliocha aún era demasiado joven, siendo la novia tan rica habría sido absurdo dejar escapar tal oportunidad.

Después de mucho insistir, el príncipe logró su objetivo de convencer a la condesa, y un día llegó a nuestros oídos el rumor de que la boda se había concertado. En la época a que me refiero, el príncipe acababa de llegar a San Petersburgo. Demostró cierta amabilidad hacia su hijo, pero al saber que continuaban las relaciones de éste con Natacha, quedó desagradablemente sorprendido. Sus temores aumentaron de repente, y con tono firme y severo ordenó al joven que rompiera con Natacha. Luego se dio cuenta de que había un procedimiento mejor para conseguir sus fines, y llevó a Aliocha a casa de la condesa.

La hijastra de la condesa era casi una niña, pero ya podía considerársela una belleza. Poseía un gran corazón, alma pura y cándida, y carácter alegre y espiritual. El príncipe se dijo que en aquellos seis meses Aliocha ya no se sentiría atraído por la novedad que significaba Natacha. Sus suposiciones se cumplieron en parte, ya que Aliocha mostrose verdaderamente cautivado por los atractivos de Catalina Fiodorovna. El padre trató afablemente a Aliocha, aunque no obrase más liberalmente en lo relativo al dinero. Comprendía el joven que bajo aquella amabilidad se escudaba una implacable resolución, y eso le llenaba de tristeza. Sin embargo, más pesar le hubiera producido dejar de ver diariamente a Catalina Fiodorovna, como lo estaba haciendo.

Me hallaba yo al corriente de que Aliocha hacía cuatro días que no iba a ver a Natacha. Cuando me encaminaba a su casa, después de mi visita a los Ikmeniev, me pregunté lleno de zozobra qué desearía decirme.

Ya desde lejos vi luz en su ventana. En una ocasión,

algun tiempo antes, habíamos quedado de acuerdo en que si se hallaba en algún apuro y quería verme con urgencia, colocase una vela encendida junto a los cristales. De esa forma, si yo llegaba a pasar por delante de su casa —lo que sucedía casi todas las noches—, me daría cuenta de que me esperaba o de que necesitaba algo de mí. Y ahora, por desgracia, Natacha colocaba con bastante frecuencia la débil luz en su ventana.

CAPÍTULO XV

Cuando entré, Natacha estaba sola, paseando por su habitación lentamente, cruzados los brazos y ensimismada en sus pensamientos. Sobre la mesa hervía un samovar desde hacía rato, esperando mi llegada. Natacha me tendió la mano en silencio, mientras me sonreía. Tenía el semblante pálido, con una expresión de dolor. En su sonrisa se evidenciaba una mezcla de pesar, ternura y resignación. Sus ojos azules y serenos me parecieron de mayor tamaño que otras veces, y su cabello más espeso, quizá por contrastar con la delgadez de su cara.

— Temía que no vinieras — me dijo cuando me tendía la mano —, y estuve a punto de mandar a Mavra a tu casa, para saber si te había pasado algo.

— No, no me ocurre nada. Sólo es que me han entretenido. Ya te lo contaré. Pero dime, Natacha — inquirí sin disimular mi preocupación —, ¿qué te ocurre?

— No me pasa nada — repuso ella, con asombro —. ¿Por qué dices eso?

— Como me escribiste ayer... Hasta fijabas una hora precisa, lo que no sueles hacer.

— Sí, es cierto; es que creí que él vendría ayer.

— Entonces, ¿aún no ha venido?

— No. Y me dije que si no lo hacía, tendría necesidad de hablarte — manifestó, después de una pausa.

— ¿Y esta noche, le esperas?

— No, porque esta noche se encuentra «allí».

— ¿Es posible que no vuelva más?

— Estoy segura de que volverá — afirmó, mirándome con gesto grave.

Parecía disgustarle la rapidez con que le hacía las preguntas. Permanecimos en silencio mientras paseábamos por la habitación.

— Hacía un buen rato que te esperaba, Vania. Mientras tanto, ¿sabes lo que hacía? Pues recitaba versos. ¿Te acuerdas? — me preguntó Natacha con una sonrisa —. *La campanilla, el sendero cubierto de nieve, el samovar que hiere sobre la mesa de encina...* Eran los versos que recitábamos juntos.

*El sol está en el ocaso y el sendero aún sigue claro.
Con sus pupilas nos miran las estrellas del cielo...
Entonces, la voz apasionada vibra dulce,
como una campanilla.*

¡Oh, cuándo vendrá mi amigo!

*¡Cuándo apoyará su cabeza en mi regazo!
Me encuentro como sin vida.*

La luna reluce en los cristales,

Y jueguea con la escarcha de la ventana.

El samovar hiere sobre la mesa de encina.

*Y la estufa chisporrotea, alumbrando desde su rincón
El lecho que se oculta tras las cortinas.*

— ¡Qué hermosos versos, Vania! ¡Qué cuadro tan maravilloso! Y la descripción es sobria, para que la imaginación pueda suplir los detalles que faltan. Hay dos cosas que resaltan, el samovar y la cortina de cretona. Así eran las casas de nuestra pequeña ciudad provincial. Hasta me parece estar viendo la casa, nueva, con las paredes revestidas de tablas. Y entonces el poeta nos presenta otro cuadro:

*Más tarde la misma voz se deja oír,
Tristemente ahora, entre el tintineo de la campanilla.
¿Dónde está mi amigo? Tengo miedo de que llegue*

Y me abrace zalamero, con afecto.

¡Qué triste vida la mía!

¡Qué existencia más amarga y mezquina!

*Desolada está mi alcoba, y en los cristales,
Silba el viento con fuerza, y el cerezo solitario
Que crece ante mi ventana, está oculto por la niebla.
Quizá ha muerto hace tiempo, y no lo sé.*

¡Ah, qué vida!

Ya perdieron su color las cortinas de mi lecho.

*Voy errante, enferma, y ya no tengo padres
Ni tengo nadie que me quiera. No tengo amigos,
Sólo en la oscuridad, una vieja gruñe..."*

— «Voy errante, enferma» — prosiguió diciendo Natacha —. ¡Qué bien está esa expresión, qué adecuada a las circunstancias! «No tengo a nadie que me quiera.» ¡Cuánta melancolía y ternura contiene este verso! ¡Dios mío, qué inspiración espléndida, la del poeta!

Callóse un momento, como si deseara reprimir sus emociones. Al cabo de un momento agregó:

— Mi querido Vania...

Pero de nuevo se interrumpió, como si hubiese olvidado lo que deseaba decir, o como si no hubiera reflexionado, llevada por un repentino impulso.

Continuamos paseando por la habitación. Pude apreciar que aunque no nos hallábamos en víspera de fiesta, ante el ícono ardía una lámpara. Natacha se mostraba más devota desde hacía un tiempo.

— ¿Acaso mañana es fiesta? — inquirí —. Lo digo porque veo encendida la lámpara.

— No, no es fiesta; pero siéntate, Vania, debes de estar cansado. ¿Quieres té, o lo has tomado ya?

— Sí, acabo de tomarlo. Vengo de casa de «ellos».

Así llamábamos a los padres de Natacha.

— ¿Estuviste con ellos? ¿Fuiste a verlos por tu propia voluntad, o te invitaron?

Me dirigió un millar de preguntas. Le hablé de mi

encuentro con su padre, de lo que hablamos con la madre, de lo ocurrido con el medallón; todo se lo dije, sin esconderle nada. Natacha me escuchaba con gesto de ansiedad, como si bebiera mis palabras. Mientras tanto, las lágrimas brillaban en sus ojos. La escena del medallón llegó a trastornarla.

— ¡Un momento, Vania, espera! — me decía a cada momento —. Dame más detalles, cuéntamelo bien a fondo. Nunca me lo dices todo...

Y yo me veía obligado a repetir las cosas, respondiendo a sus preguntas sobre los detalles más insignificantes.

— ¿Piensas, de verdad, que mi padre ha tratado de venir a verme? — inquirió, después de un breve silencio.

— No sé que decirte, Natacha. No hay duda de que te quiere, y que sufre mucho por haberte perdido; pero de ahí a que piense en venir a verte...

— ¿Así que besó el medallón? — me interrumpió ella —. ¿Dijo algo mientras lo besaba?

— No se le entendía bien. Eran exclamaciones, te daba nombres cariñosos, te llamaba...

— Me llamó, ¿verdad?

Natacha comenzó a llorar en silencio.

— ¡Pobres padres míos! — exclamó, y después de una pausa añadió —: Pero no resulta extraño que lo sepa todo; sabe también lo que hace el padre de Aliocha.

— Natacha — propuse con timidez —. ¿Quieres que vayamos a verlos?

— ¿Cuándo? — dijo poniéndose pálida y buscando apoyo en una butaca.

Después, un poco repuesta, me colocó las manos en los hombros, y con triste sonrisa agregó:

— No, Vania, amigo mío. Siempre me lo propones, pero será mejor que no vaya.

— ¿Acaso no se va a solucionar jamás esa odiosa querella? — pregunté lleno de tristeza —. Tu orgullo es lo que te impide dar el primer paso. Quizá tu padre sólo

espera eso para perdonarte. Eres tú la que debe allanar el camino, puesto que fuiste la que le ha perjudicado. Respeta su dignidad, que en el fondo es perfectamente legítima. Vayamos juntos a casa de ellos, y sé que te perdonarán en seguida.

— No puede ser, Vania. No me lo reproches, pero es inútil. Lo he meditado, lo he pensado noche y día, desde que me marché. Bien sabes que hablamos de eso en muchas ocasiones; pero es imposible. Tú también sabes eso.

— ¡Haz un esfuerzo!

— No puedo, Vania, no puedo. Seguramente, si lo intentase, no haría más que indisponer a mi padre en contra mía. Es imposible hacer que vuelvan los días felices del pasado. Aunque me perdonase, yo no sería la misma de antes. Él quería a la niña que yo era, adoraba mi ingenuidad. Me acariciaba los cabellos, cuando yo tenía siete años, y me sentaba sobre sus rodillas mientras yo le cantaba cancioncillas infantiles. Desde que nací hasta que me fui de su lado, mi padre no dejó una sola noche de entrar en mi alcoba para darme su bendición antes de que me durmiera.

»Algún tiempo antes de nuestra desgracia, me compró unos pendientes, lo que no me dijo, por más que yo lo sabía. De antemano se alegraba imaginando la alegría que me iba a producir. Luego se enfureció contra todos, sin exceptuarne a mí, cuando le conté que estaba entera dada del regalo que me iba a hacer. Pocos días antes de que les abandonase, al ver que me encontraba triste, se inquietó hasta el punto de que casi se puso enfermo. Para distraerme quiso llevarme al teatro; ¡creía que de ese modo se me pasaría todo! Es lo que he dicho; en mí sólo veía a una chiquilla, y no quería pensar que un día pudiera convertirme en mujer. Si yo regresara, él no me reconocería. ¿Qué vería en mí ahora, aunque me perdonase? He cambiado mucho, he vivido intensamente, y ya nada tengo de niña. Aunque se alegrara de

tenerme a su lado, suspiraría alegre al comprobar que no soy la de antes, la que él quería. ¡Tienen razón los que dicen que todo tiempo pasado fue mejor! Los recuerdos son un suplicio. ¡Qué hermoso es el pasado, Vania! — exclamó, dejándose llevar por un arrebato.

Luego enmudeció, como si le trasteciera la amargura que trascendía de ella.

— No se puede negar que es cierto lo que has dicho, Natacha — contesté yo —, pero ahora tu padre tiene que aprender de nuevo a conocerte y a quererte. Sobre todo a conocerte. Ya vendrá de nuevo el momento en que te quiera. No puedes considerarle incapaz de comprenderte, cuando posee un corazón tan grande.

— No quería decir eso, Vania. Lo cierto es que también los padres sienten celos; el mío está dolorido porque no se dio cuenta de nada, porque no llegó a descubrir mis relaciones con Aliocha. Lo que a él más le ofende es que yo haya obrado con disimulo, con ingratitud. No había pensado siquiera en la posibilidad de que expresara esto, y lo que se ha derivado de nuestro amor, incluso mi huida, lo achaca a lo que considera mi hipocresía. No me perdoná que no le haya pedido consejo al principio, que no le pusiera al corriente de lo que sentía mi corazón. Por el contrario, me callé, guardé celosamente mis sentimientos, y eso ha sido para él más vergonzoso que el hecho de haberles abandonado para entregarme por entero a mi amante. Por más que me recibiera de nuevo como un padre, en el fondo perduraría el motivo de la enemistad. Más tarde o más temprano empezarían las susceptibilidades, las dudas, las recriminaciones. Por otra parte, para perdonarme tendría que imponer algunas condiciones. Sin duda exigiría que renegara de mi pasado, que maldijese a Aliocha, que alejara su amor de mi alma. Desearía que yo estuviera dispuesta a olvidar lo sucedido y a borrar de nuestra vida los últimos seis meses. Pero yo no soy capaz de maldecir a nadie, y tampoco puedo

arrepentirme. Era forzoso que sucedieran las cosas tal como han pasado. Créeme, Vania, lo que me propones no puede ser. Aún no ha llegado la hora.

— ¿Cuándo crees que llegará?

— ¿Quién sabe? Es necesario sufrir hasta el fin, por lograr nuestra felicidad; hay que ganarla a costa de nuevos tormentos. Bien dicen que el sufrimiento todo lo purifica. Eso es muy cierto, Vania.

La miré en silencio, sin decir nada.

— ¿Por qué me miras de ese modo, Aliocha? Oh, perdón, he querido decir Vania.

Natacha sonrió al rectificar su error.

— Ahora me doy cuenta de tu sonrisa — dije —, ¿De dónde la has sacado, Natacha? No te veía sonreír antes de ese modo.

— ¿Qué tiene de particular mi sonrisa?

— Aún refleja tu ingenuidad infantil; pero cuando sonrías da la sensación de que el corazón se te contrajera de dolor. Te encuentro mucho más delgada, tu pelo parece haber perdido el brillo. Y tus vestidos... ¿Así es como te pagan? ¿Es esto obra de ellos?

— ¡Cuánto me quieras, Vania! — dijo ella, contemplándome llena de cariño —. Pero háblame de ti. ¿Qué estás haciendo ahora? ¿Qué tal va tu trabajo?

— Va como de costumbre. Sigo escribiendo, pero me cuesta un gran esfuerzo. Creo que me falta inspiración. En medio de tantas tristezas no puedo fijar la atención, y se malograman mis mejores ideas. Por otra parte, los editores quieren escritos a plazo fijo. Tendré que dejar la novela que estoy escribiendo, para dedicarme a las narraciones cortas. Haré cosas alegres, optimistas, donde no haya tristezas. Eso es lo que desea la gente.

— ¡Pobrecillo Vania! Trabajas demasiado. Pero dime, ¿y Smith?

— Creo que te dije que había muerto.

— ¿No se te ha aparecido aún? Hablo en serio; estás enfermo, sobreexcitado. Ya te lo dije cuando me contas-

te que ibas a alquilar ese piso, que imagino húmedo y malasano.

— Lo es, en efecto. Y por cierto que acaba de sucederme allí algo muy extraño. Te lo contaré más adelante.

Natacha no parecía prestarme gran atención. Se hallaba como ensimismada en sus pensamientos.

— No sé cómo pude marcharme de casa — dijo por último, saliendo de su abstracción, al tiempo que me miraba como esperando una respuesta. Pero creo que si le hubiese dirigido la palabra, no me habría entendido.

— Escucha, Vania — declaró con voz apenas audible —; te he pedido que vinieras porque debo decirte algo muy importante.

— ¿Qué es?

— Voy a dejar a Aliocha.

— ¿Lo piensas dejar, o le has dejado ya?

— Debo terminar de una vez; basta ya de esta vida. Te llamé para explicarte todo cuanto había callado hasta ahora.

Natacha empezaba siempre a hablar de ese modo, cuando deseaba hacerme alguna confidencia, por más que habitualmente yo ya estaba al corriente de su secreto desde mucho antes, por habérmelo revelado ella misma poco a poco.

— Mi buena Natacha, millares de veces me has dicho eso mismo. Lo cierto es que no podéis convivir, pues no existe nada en común entre vosotros dos. Sin embargo, ¿te consideras con fuerzas para romper con él?

— Si antes sólo tenía el propósito, ahora estoy resuelta a llevarlo a cabo. Le amo con locura, y a pesar de ello reconozco que soy su mayor enemiga, puesto que puedo comprometer su porvenir. Tengo que devolverle la libertad. Aliocha no puede casarse conmigo, al no poseer la fortaleza de carácter necesaria para enfrentarse con su padre, y yo no quiero atarle a mi lado. Creo que hasta me alegra que le guste su prometida,